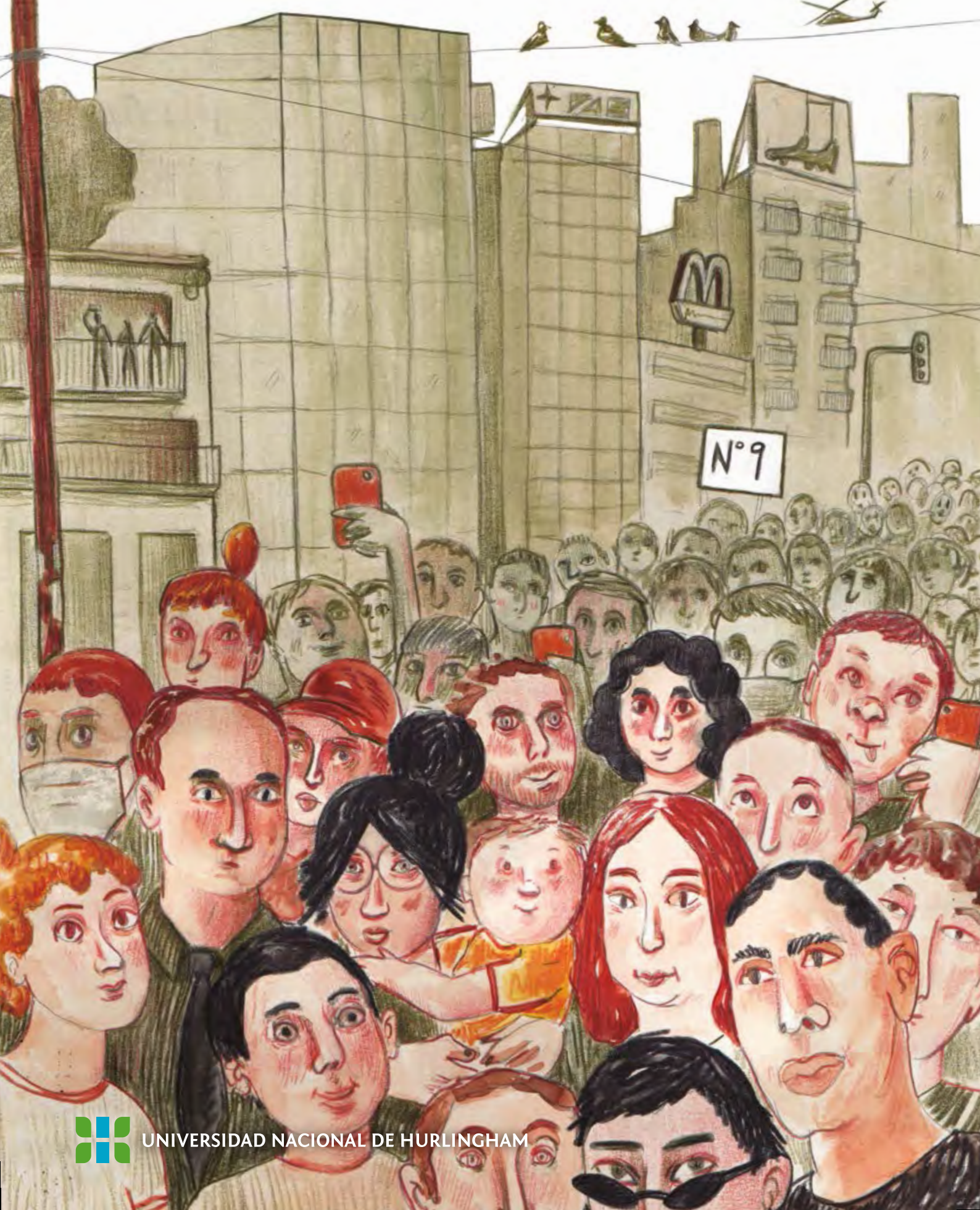


LA PERLA DEL OESTE®

Capítulo 9: El mundo del trabajo | Con el sudor de la frente



UNIVERSIDAD NACIONAL DE HURLINGHAM

Créditos

Universidad Nacional de Hurlingham

Rector

Lic. Jaime Perczyk

Vicerrector

Mg. Walter Wallach

Secretario General

Lic. Nicolás Vilela

Secretaria Académica

Lic. Lizzie Wanger

Secretario de Investigación

Dr. Juan Pedrosa

Secretaria de Servicios a la Comunidad

Lic. Marcela Vidondo

Secretaria de Bienestar Estudiantil

Lic. Violeta Kesselman

Secretario de Planeamiento y Evaluación Institucional

Dr. Jorge Aliaga

Secretario Administrativo Financiero

Cdor. Javier Carcaterra

Directora Instituto de Educación

Mg. Cristina Magno

Director Instituto de Biotecnología

Lic. Sebastián Calvo

Director Instituto Salud Comunitaria

Dr. Ezequiel Consiglio

Director Instituto de Tecnología e Ingeniería

Ing. Gustavo Medrano

LA PERLA DEL OESTE®

Revista de Cultura y Territorio

Director ejecutivo: Jaime Perczyk

Coordinador: Mauro Libertella

Editor: Rodolfo Edwards

Jefa de redacción: Claudia Torre

Corrección: Florencia Capurro

Diseño y diagramación: Miguel Canella

Ilustraciones: Martina Trach / @martina.trach

Colaboraron en este número:

Silvina Frieri , Martín Gendler,
Ulises Girolimo, Gustavo Medrano,
Mauro Libertella, Javier Vogel,
Diego Erlan, Claudia Torre,
Anabella Rondina, Nicolás Iriberry,
Leila Torres, Alejandra Laera,
Osvaldo Baigorria.

laperladeloeste@unahur.edu.ar

EL MUNDO DEL TRABAJO

CON EL SUDOR DE LA FRENTE



De los muchos problemas que atraviesan la historia de la humanidad, especialmente desde la modernidad, el trabajo es uno de los más complejos y apasionantes. Práctica a la vez social, económica, cultural y política, el trabajo es un nudo para pensar la identidad de las personas, pero también para entender la idiosincrasia de las naciones y de los pueblos. Es un espejo de cómo somos y un presagio de cómo vamos a ser.

Desde la Revolución Industrial, el mundo ha mutado con una velocidad vertiginosa, y ante cada transformación resultó necesario repensar las condiciones y las necesidades sobre las que se asentaba la práctica del trabajo. La población mundial creció sin prisa pero sin pausa, la tecnología se sofisticó y fue colonizando cada pequeño espacio de la vida, a la vez que las sucesivas crisis económicas nos obligaron a buscar ideas nuevas. El trabajo es el testigo privilegiado de ese cambio de mundo, de ese cambio de siglo.

En este, el noveno capítulo de *La Perla del Oeste*, nos propusimos una tarea enorme pero muy estimulante: pensar entre todos dónde estamos parados y hacia dónde queremos ir en materia laboral. Surgieron así perspectivas inesperadas y originales en relación a diversos ejes como el trabajo reproductivo, el dilema del empleo en la tercera edad, el gran desafío de construir trabajo en la Era 4.0, la crisis de los microcentros urbanos con la pospandemia y el avance de lo remoto. Además, en este número se analizaron otros temas como las representaciones laborales en la literatura y el arte; una historia del trabajo en el siglo XX argentino y la generación del pluriempleo. También ofrecemos dos entrevistas: una a Leonardo Mottillo, Coordinador del Centro de Servicios de Tecnología Nuclear y Energías Alternativas (UNAHUR-ADIMRA) y otra al teórico francés Alain Supiot, que acaba de publicar el libro *El trabajo ya no es lo que fue*.

El debate está abierto. El trabajo es un síntoma de nuestros problemas, pero también el gran testigo de nuestra potencia. Bienvenidos a un nuevo capítulo de *La Perla del Oeste*.



Para la ilustración de portada de este número, Martina Trach readaptó el clásico de Berni, "Manifestación". Fechado en 1934, "Manifestación" es una de las obras centrales del Nuevo Realismo, en la que expone rostros en primer plano pero sin generar un efecto de masa indiferenciada; por el contrario, cada rostro tiene su singularidad, su expresión, su historia. La obra expresa también la influencia del muralismo mexicano en el trabajo de Berni e inventó allí un concepto único: el mural portátil. El original se puede ver en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA).

Martina Trach estudió Diseño Gráfico en la Universidad de Buenos Aires y se formó en dibujo, pintura e ilustración en diversos talleres. Desde 2018 trabaja ilustrando principalmente libros de ficción y no ficción para niños y jóvenes. Algunas de las editoriales con las que trabaja son Limonero, Iamiqué, Edelvives, Hotel de las Ideas, entre otras. También se dedica a la realización de murales y a dar clases de Ilustración en la carrera de Diseño Gráfico (UBA).

Contenidos



**Los trabajadores
en Argentina:
Una lucha continua**
Silvina Frieria
6



**El futuro
es hoy**
Martín Gendler
Ulises Girolimo
10



El trabajo del tiempo
Gustavo Medrano
14



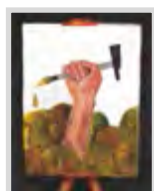
**Entrevista al teórico
francés Alain Supiot**
Mauro Libertella
18



**Microcentro
porteño**
Javier Vogel
22



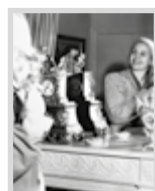
**Laburo
nocturno**
Roberto Arlt
26



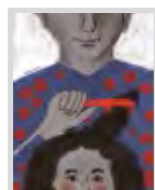
**El trabajo como
motivo pictórico
y literario**
Diego Erlan
28



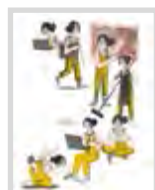
**Entrevista a
Leonardo Mottillo**
Nicolás Iriberry
34



**De la razón de una vida a
una sociedad igualitaria
que no pierde el glamour**
Claudia Torre
40



**¿Serás lo que
debés ser?**
Anabella Rondina
44



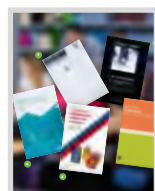
**La generación del
pluriempleo**
Leila Torres
48



**El mundo de las trabajadoras
según la literatura argentina**
Alejandra Laera
54



**Un esfuerzo
inútil**
Osvaldo Baigorria
58



**Selección
de libros
sobre trabajo**
62

LOS TRABAJADORES EN ARGENTINA: UNA LUCHA CONTINUA

La historia de los trabajadores en Argentina se remonta a las primeras organizaciones obreras, impulsadas por las oleadas de inmigrantes europeos, socialistas y anarquistas. Entre huelgas y reclamos por condiciones dignas de trabajo, se fue forjando una tradición, jalonada por avances y retrocesos. La irrupción del peronismo, a mediados de la década del cuarenta, trajo aparejadas innovaciones legislativas que favorecieron a la clase trabajadora. Los cambios tecnológicos en el siglo XXI obligaron a repensar éticamente los nuevos entornos laborales.

Silvina Frieria

Es periodista. Escribe en la sección Cultura y Espectáculos del diario *Página/12* desde el año 2000. También ha publicado en diversos medios gráficos como la *Revista Ñ*, *Puentes*, *La Balandra*, *Celcit* y *La Revista del Teatro San Martín*. En 2017 recibió el Premio Konex.

“Los trabajadores del mundo están abriendo los ojos”, decía Juan Domingo Perón. No se puede pensar el trabajo en la Argentina sin repasar las experiencias en materia de organización que aportaron algunos obreros y obreras, socialistas y anarquistas, que llegaron al país a fines del siglo XIX. En 1879 la Unión Tipográfica Bonaerense, que había declarado su primera huelga ese mismo año, obtuvo un aumento salarial y una reducción en la jornada laboral: 10 horas en invierno y 12 horas en verano. La Internacional de Carpinteros, Ebanistas y Anexos se formó en 1885, y un año después se organizaron los panaderos. La Fraternidad aglutinó en 1887 a maquinistas y foguistas de ferrocarriles. La Federación Obrera surgió en 1891 con el propósito de “realizar la unión de todos los obreros de la República con el fin de defender sus intereses materiales y morales”. A medida que crecían las agrupaciones gremiales, las huelgas se multiplicaban; los reclamos coincidían en dos puntos: aumento de salarios y reducción de la jornada laboral.



MARTINA TRACH

No se puede pensar el trabajo en la Argentina sin repasar las experiencias en materia de organización que aportaron algunos obreros y obreras, socialistas y anarquistas, que llegaron al país a fines del siglo XIX.

Además de la limitación de la jornada laboral a 8 horas para los adultos, los trabajadores tenían otras demandas que incluían la prohibición del trabajo para menores de 14 años, la abolición del trabajo nocturno para mujeres y menores, la prohibición del trabajo a destajo, la inspección sanitaria de talleres y fábricas, el seguro obligatorio contra accidentes y la creación de tribunales especiales para arbitrar en los conflictos entre patrones y obreros. Estas fueron las exigencias más frecuentes de la clase obrera de fines del siglo XIX.

Los conflictos se agudizaron en 1902 cuando empezó un paro general en Rosario y en la Ciudad de Buenos Aires, que paralizó las operaciones de carga y descarga portuaria. Los cocheros también iniciaron una huelga, en abril del mismo año, para manifestar su oposición a la libreta de control que les exigía la comuna. Los panaderos fueron a la huelga en julio. Para neutralizar la conflictividad se sancionó la llamada Ley de Residencia o Ley Cané –por su autor, el escritor y político Miguel Cané–, que autorizaba al Poder Ejecutivo a expulsar a extranjeros “cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público”.

El liberalismo reformista buscó descomprimir la compleja y conflictiva situación social propiciando, en el Congreso Nacional, el Proyecto de Ley Nacional del Trabajo. Este fue presentado por el Ministro del Interior, Joaquín V. González, en mayo de 1904, para reglamentar las condiciones laborales, evitar abusos patronales y alentar contratos colectivos de trabajo. Adelantándose a su tiempo, González criticó la concepción entonces dominante que consideraba al trabajo humano como un bien de cambio o una mercancía. Después de invocar su apoyo a la encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII (1891), destacó “la necesidad de elevar la situación

personal, doméstica y social del obrero” que se debe conseguir a través de un “tratamiento más igual y humano, mejor repartición del fruto del trabajo, mayor equidad en el salario”, y concluyó con un párrafo de la mencionada encíclica: “lo que es verdaderamente vergonzoso e inhumano es abusar de los hombres como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más de lo que dan sus músculos y sus fuerzas”. Aunque ni siquiera fue tratado en el Congreso, el proyecto de González era “revolucionario” para la época. La controversia se generó entre los que lo apoyaban y aquellos que lo criticaban por considerarlo “socialista”, y hasta “comunista”.

El descanso dominical se sancionó en 1905; la ley protectora del trabajo de mujeres y niños se promulgó en 1907. Según un estudio realizado en 1910 por el Departamento de Trabajo en 34 fábricas de hilado y tejido, el salario de los varones era entre 33 y 100% más alto que la remuneración recibida por las mujeres. Al margen de las fábricas, el trabajo femenino se distribuía también en comercios y, especialmente, en el servicio doméstico. Las trabajadoras a domicilio, el sector más explotado de la fuerza de trabajo, enfrentaban jornadas laborales extenuantes, con remuneraciones bajas, a las que debía sustraerse el costo de las herramientas que las propias empleadas debían pagar.

Después de las dos guerras mundiales, teatro de masacres sin precedentes en la historia de la humanidad, el esfuerzo se concentró en fundar la paz sobre la base de la justicia, como lo proclama el Preámbulo de la Constitución de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), adoptada en Versalles en 1919: “existen condiciones de trabajo que entrañan tal grado de injusticia, miseria y privaciones para gran número de seres humanos, que el descontento causado constituye una amenaza para la paz y armonía”. El impacto del proceso revolucionario en Rusia tuvo como consecuencia la concreción de una coordinación, legislación y regulación del trabajo a nivel mundial. Argentina, durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen, no fue ajena a la coyuntura mundial de posguerra.

Entre 1916 y 1918 hubo un gran número de huelgas en sectores económicos estratégicos, como los ferrocarriles, el transporte marítimo o la industria frigorífica. La confrontación más álgida sucedió en la Semana Trágica, en enero de 1919, cuando la huelga en la fábrica metalúrgica Talleres Vasena concluyó con una represión sin precedentes, a cargo del Ejército, la Policía y grupos de ultraderecha que durante una semana militarizaron la Ciudad de Buenos Aires. Los obreros pedían que la jornada laboral bajase de 11 a 8 horas, un aumento en los jornales, descanso dominical y la reincorporación de los delegados echados por la empresa.

Entre 1920 y 1922, en el sur del país, en el Territorio Nacional de Santa Cruz, fueron brutalmente reprimidos y asesinados entre 1000 y 1500 trabajadores anarcosindicalistas, en lo que se conoció como La Patagonia Rebelde o La Patagonia trágica.

Al principio, el gobierno yrigoyenista intentó promover una legislación social más avanzada, que fue bloqueada por el Senado, en manos de los conservadores. La política sindical de Yrigoyen fue distinta con los reclamos de los sindicatos que se sentaban a negociar, como la Federación Obrera Ferroviaria y la Federación de Obreros Marítimos, que integraban un sector de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina). En cambio con los gremios que privilegiaban la huelga a la negociación, como los frigoríficos y municipales, controlados por anarquistas y socialistas, Yrigoyen no dudó en reprimir violentamente.

En las siguientes décadas, la explotación y las duras condiciones del trabajo rural expulsaron a los hombres hacia las grandes ciudades en busca de los salarios que se pagaban en las nuevas fábricas. Estos trabajadores fueron llamados peyorativamente “cabecitas negras” por los inmigrantes europeos. El entonces coronel Juan Domingo Perón asumió el 27 de octubre de 1943 en el Departamento Nacional de Trabajo; un mes después ese pequeño organismo devino Secretaría de Trabajo y Previsión. Desde este espacio se implementó una gran cantidad de medidas tendientes a mejorar las condiciones laborales de los trabajadores, entre las que se destacan el Estatuto del Peón; el establecimiento del seguro social y la jubilación, que benefició a 2 millones de personas; la creación de Tribunales de Trabajo para resolver conflictos laborales; la fijación de mejoras salariales y el establecimiento del aguinaldo para todos los trabajadores; además del reconocimiento de las asociaciones profesionales.

El sujeto político por excelencia para el peronismo es el trabajador. Un año después de asumir la presidencia, en febrero de 1947, Perón presentó los Derechos del Trabajador, que serían luego incorporados a la Constitución Nacional de 1949, en su artículo 37. El Decálogo estaba compuesto por los siguientes puntos: derecho al trabajo, derecho a una redistribución justa, derecho a la capacitación laboral, derecho a condiciones dignas de trabajo, derecho a la preservación de la salud, derecho al bienestar, derecho a la seguridad social, derecho a la protección de su familia, derecho al mejoramiento económico y derecho a la defensa de los intereses profesionales. Antes de 1947, la proporción total del ingreso en manos de los asalariados era del 37% mientras que para 1950 pasó al 49%. En 1951, casi el 70 % de los asalariados gozaba de previsión y asistencia social.

Hubo una “democratización del bienestar”, según Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza, que mejoró la calidad de vida de los trabajadores.

En *El trabajo ya no es lo que fue* (Siglo XXI), el francés Alain Supiot, especialista en derecho del trabajo, advierte que los riesgos de la revolución digital son los de hundirse en la deshumanización del trabajo. “Siguiendo el modelo informático-computacional, las concepciones sobre el trabajo de los hombres lo ven como el lugar de ejecución de un programa. Devenidos en eslabones de las redes de comunicación que durante las veinticuatro horas al día deben encargarse de procesar una cantidad cada vez mayor de datos, [los trabajadores] son evaluados a la luz de indicadores de rendimiento desconectados de su experiencia concreta de la tarea por realizar”, explica Supiot y agrega que los trabajadores “uberizados” son firmemente mantenidos en un “más acá del empleo” por dirigentes políticos sometidos al intenso lobby de las plataformas.

Un año después de asumir la presidencia, en febrero de 1947, Juan Domingo Perón presentó los Derechos del Trabajador, que serían luego incorporados a la Constitución Nacional de 1949, en su artículo 37.

En lo que va del siglo XXI, el uso masivo de las nuevas tecnologías está impactando en la creación y destrucción de empleos. Para el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, en el régimen neoliberal la explotación ya no se produce como alienación y desrealización de sí mismo, sino como libertad, como autorrealización y autooptimización. “Ya no existe el otro como explotador que me fuerza a trabajar y me aliena de mí mismo. Más bien, yo me exploto a mí mismo voluntariamente creyendo que me estoy realizando. Esta es la pérvida lógica del neoliberalismo. Así es también la primera fase de euforia del proceso de *burnout* o ‘síndrome del trabajador quemado’. Me lanzo eufórico a trabajar, hasta que al final me derrumbo”. Los trabajadores precarizados, los “uberizados”, se derrumban con los ojos cerrados. ■

EL FUTURO ES HOY

Un recorrido por las tendencias y desafíos emergentes que nos plantean los vertiginosos avances tecnológicos. La instalación de nuevos paradigmas obliga a un reacomodamiento de las condiciones laborales, en función de cambios que se avecinan en forma inevitable.

Martín Gendler

Es Doctor en Ciencias Sociales, Licenciado y Profesor en Sociología por la Universidad de Buenos Aires, Diplomado Superior en Gobernanza de Internet por la Universidad Federal Rio Grande do Sul - Universidad de San Andrés, becario posdoctoral del CONICET y docente universitario en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de José C. Paz. Es miembro del Programa de Estudios sobre la Sociedad de la Información del Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Ulises Girolimo

Es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario, becario posdoctoral del CONICET y docente universitario en la Universidad Nacional de José C. Paz y la Universidad Católica Argentina. Es miembro del Programa de Estudios sobre la Sociedad de la Información del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Es miembro del Programa de Estudios sobre la Sociedad de la Información del Instituto de Investigaciones Gino Germani.

El contexto

Desde la década de 1970 asistimos a diversos procesos de cambio en las sociedades occidentales como efecto de la reestructuración económica del capitalismo y la introducción y masificación de las tecnologías digitales e internet en diversos órdenes de la vida. Estas transformaciones contribuyeron a un cambio de paradigma dentro del modo de producción capitalista, las cuales favorecieron el pasaje del industrialismo hacia el informacionalismo, en el que la principal fuente de productividad se basa en la información digital¹.

Los fenómenos señalados permiten inaugurar una etapa de profundas reconfiguraciones. La esfera del trabajo no fue la excepción al respecto, en tanto surgieron nuevas formas de producir, innovar, distribuir y consumir bienes y servicios en relación con lo digital, las que abrieron paso a un nuevo tipo de trabajo, el *trabajo informacional*². Este tipo de trabajo está orientado a la manipulación de la información y el conocimiento, en el que prima la creatividad y se fortalecen los mecanismos de control y vigilancia existentes en los espacios laborales. Desde hace alrededor de una década, estas dinámicas presentan una mayor profundización. Existe cierto consenso respecto a que, junto con la mejora, optimización e irrupción de nuevas tecnologías, usualmente agrupadas bajo el paradigma 4.0 (internet de las cosas, *blockchain*, inteligencia artificial, robótica avanzada, impresión 3D, realidad virtual, realidad aumentada, entre otras), se están produciendo cambios de velocidad, amplitud, profundidad

1- Castells, M. (1995). *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza Editorial.
2- Zukerfeld, M. (2010). Cinco Hipótesis sobre el Trabajo Informacional. Aproximaciones a la caracterización del mundo laboral en el Capitalismo Cognitivo. *Revista Gestión de Personas y Tecnología*, 9, 76-85.



Tendencia 1. Digitalización

Refiere a uno de los puntos cruciales del nuevo paradigma de la información; esta se focaliza en tres cuestiones. La primera es la *conversión de información y conocimiento, la cual implica el pasaje de un soporte analógico, basado en la materia y la energía, a una materialidad intangible, sustentada en los 1 y 0 que componen los bits*. En este sentido, no solo se agilizan cuestiones de almacenamiento y organización de la información, sino que también se habilita el *poder hacer cosas* con ella: producirla, modificarla, relacionarla con otra. La segunda cuestión es la *creación de información y conocimiento* empleando medios informacionales, como es el caso del *software*. Así, los costos materiales de producción se reducen significativamente, lo que expande la capacidad de replicabilidad de los bienes, cuyo principal insumo es la información: con un mero “copiar y pegar” se obtiene un bien informacional idéntico al original, a diferencia de lo que ocurre con los bienes industriales. La tercera refiere a la *transferencia de información y conocimiento* lo que hace posible su circulación en tiempo real, gracias a la masificación de internet.

La reducción de costos, materiales y tiempos hace posible pensar en nuevas problemáticas como la que respecta a la pérdida de predominancia de la propiedad de los medios de producción, pasando a ponerse el foco en la propiedad, no material, sino intelectual, de esos bienes informacionales.

Tendencia 2. Automatización

Refiere al paulatino reemplazo de mano de obra humana por maquinaria y tecnologías de distinto tipo. Como destacan varios autores, este no es un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad, sino que es posible rastrearlo en las primeras revoluciones industriales. El paradigma 4.0 trae nuevas características a estos procesos, los cuales despliegan nuevas formas de sustitución de los trabajadores. En primer lugar, una masificación de los sensores interconectados del *internet de las cosas* permite pensar una enorme recolección de datos sobre los procesos laborales que fomenten el reemplazo de ciertos trabajadores y/o tareas, debido a sus optimizaciones. En segundo lugar, la inteligencia artificial también facilitaría realizar en pocos minutos el trabajo que a todo un equipo creativo le llevaría largas jornadas de discusión y reflexión, como también podría disponer de las “decisiones más apropiadas”, en base al procesamiento y tratamiento constante y actualizado de datos masivos. En tercer lugar, se plantean otro tipo de relevos, como la sustitución por contenidos (reemplazar a un docente por un video grabado de su clase), la sustitución de tareas gracias a un *software* (como por ejemplo las contables), entre otras³.

Tendencia 3. Robotización

Al igual que la automatización, esta tendencia plantea la sustitución de la fuerza de trabajo humana enfocándose en máquinas autónomas, comúnmente denominadas *robots*⁴. Mientras que la automatización apunta a una sustitución *blanda*, basada en el *software*, la robotización se centra en asuntos más *duros*, el *hardware* (de todos modos imbuido con *software*). Como es conocido, los primeros desarrollos en robótica datan de inicios de la década del cuarenta, especialmente destinados al ocio y, poco a poco, tras la revolución microelectrónica de los años setenta⁵, fueron optimizándose en la esfera laboral. La paulatina incorporación de tecnologías cada vez más autónomas respecto de la operación humana, fue incrementando los niveles de

3- Zakerfeld, M. (2020). Bits, plataformas y autómatas. Las tendencias del trabajo en el capitalismo informacional. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 7, 1-50.

4- Miguez, P. (2020). Valorización del conocimiento, cambio tecnológico y plataformas. Sus efectos sobre el trabajo. *Voces en el Fénix*, 80. <https://bit.ly/3T50okp>

5- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 1. Siglo XXI: México.

sustitución, presentando como hito a los “robots móviles”, que permitirían reemplazar tareas manuales no rutinarias. Otro de los desarrollos propios del paradigma 4.0 es el de los vehículos autónomos y drones, que vendrían a proponer la sustitución de conductores y trabajadores de mensajería. Esta es una de las tendencias que más opiniones divergentes ha despertado sobre la tecnología y el futuro del trabajo. Por un lado, se han generado discursos *tecnofílicos*, que postulan a estas sustituciones como un beneficio para la innovación y el progreso, los cuales se enfrentan a otros de tinte *tecnofóbico*, que advierten sobre la gravedad del reemplazo humano, el desempleo, la pérdida de capacidades, entre otros⁶.

Tendencia 4. Plataformización

En los últimos años se observa un proceso de creciente plataformización que incide sobre los modos de organizar la producción y el trabajo. Las plataformas digitales son infraestructuras que permiten la interacción entre dos o más grupos (clientes, anunciantes publicitarios, trabajadores especializados, consumidores) mediante la creación de nuevos mercados o la reestructuración de mercados existentes.

Ante una caída prolongada en la rentabilidad de las manufacturas en las economías centrales, el capitalismo se volcó hacia los datos como una forma de sostener su crecimiento⁷. Por lo tanto, las plataformas son mucho más que una tecnología digital: consisten en un modelo que busca generar rentabilidad empresarial a través de la extracción, procesamiento, análisis y control de los datos.

Los procesos de plataformización se producen tanto en el campo de lo digital como en el físico. En el primer caso, se ubican las plataformas que se basan en monetizar datos de los usuarios a través de la venta de servicios publicitarios (como Google o Facebook), proveer servicios en *la nube* (como Amazon Web Services), y ofrecer contenidos informacionales que son monetizados mediante las suscripciones de sus usuarios (como Disney+, Netflix, Amazon Prime Video, etc.). En el segundo caso, se hace referencia a las plataformas que son introducidas en la producción manufacturera para optimizar procesos productivos y customizar productos (como los desarrollos usualmente asociados a la industria 4.0), y a lo que usualmente se conoce como *gig economy* o trabajo por encargo, es decir, plataformas que intermedian entre trabajadores especializados en un tipo de servicio con usuarios del mismo (como Uber, Rappi, Zolvers, Workana, entre otros). La particularidad de este tipo de plataformas radica en que el modelo de negocio se

6- Gendler, M. (2021). Internet, algoritmos y democracia ¿Del sueño a la pesadilla?. *Nueva Sociedad* (294). <https://nuso.org/articulo/internet-algoritmos-y-democracia/>

7- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra.

basa en el cobro de comisiones por transacciones, generalmente tanto a los trabajadores como a los clientes, y en la coordinación de diversos servicios ofrecidos por particulares, que les permite a los empleadores acceder a una enorme fuerza laboral bajo demanda. Estos servicios pueden ser de tipo puramente informacional (programación, diseño, redacción, testeo, traducción, entre otros) o físico (choferes, deliverys, domésticos, entre otros).

Tendencia 5. Distanciamiento

Se vincula con los esperados efectos de la implementación de la quinta generación de tecnología celular, más conocida como 5G. En pocas palabras, a diferencia de las generaciones previas, el 5G no solo plantea un fuerte incremento de la velocidad de conexión sino que presenta dos características nuevas⁸. En primer lugar, la posibilidad de disminuir radicalmente la latencia a menos de un milisegundo, lo cual permitiría materializar desarrollos y procesos “en tiempo real”. Uno de los principales apuntados es la tele-cirugía, la que permite a los profesionales de la salud a operar a un paciente ubicado a miles de kilómetros, con la misma exactitud que en el quirófano. Otro desarrollo es el de la tele-minería, esta habilita la manipulación de máquinas y dispositivos de extracción y recolección de minerales desde la comodidad de una oficina, lejos de los peligros para la salud que contiene el trabajo *in situ*. Asimismo, esta tendencia posibilita que un solo operario maneje varios dispositivos al mismo tiempo, lo cual incrementa la productividad. De forma similar, se puede también pensar en estos desarrollos en la tele-construcción o la tele-agricultura, entre otros.

La segunda característica consiste en poder interconectar miles de dispositivos por nodo (cuando el 4G permite un máximo de 15), lo que permitiría la interconexión de dispositivos digitales ubicados a grandes distancias, lo que agiliza los actuales procesos de recopilación, procesamiento y aplicación de datos, y potencia lo que respecta al IoT en su materialización de industria 4.0, ciberseguridad, *smartcity*, entre otros, pero también el entrenamiento de las redes neuronales y otros desarrollos de la inteligencia artificial.

Reflexiones finales

A lo largo de la historia de la humanidad, el trabajo ha experimentado fuertes cambios en sus principales características y formas de organización, muchas de ellas ligadas a la irrupción de distintos avances tecnológicos.

A lo largo de la historia de la humanidad, el trabajo ha experimentado fuertes cambios. Estas mutaciones despliegan diversas oportunidades y desafíos que no solo tienen lugar en los países centrales, sino que también involucran fuertemente a América Latina.

Estas mutaciones despliegan diversas oportunidades y desafíos que no solo tienen lugar en los países centrales, sino que también involucran fuertemente a América Latina. Considerando la inestabilidad de los contextos macroeconómicos y políticos que caracterizan a la región, las dificultades para financiar los sistemas nacionales de innovación y sostener flujos de colaboración entre las instituciones que los componen, la existencia de brechas tecnológicas con respecto a las economías centrales y la escasa demanda de las tecnologías 4.0 por parte de los sistemas productivos, entre muchos otros factores, es imprescindible diseñar estrategias que permitan establecer lineamientos sobre los modos en los cuales afrontar estos desafíos por venir. En este sentido, se destaca que el Estado puede desempeñar un rol clave⁹. En primer lugar, este tiene la posibilidad de intervenir con asistencia social y económica para hacer frente a las transformaciones en el empleo y la producción, como así también para facilitar la adquisición de las tecnologías físicas, su *software* y licencias. En segundo lugar, el Estado puede habilitar modificaciones en el sistema educativo para apuntar a la formación de capacidades, competencias y habilidades digitales necesarias para afrontar la etapa actual. Finalmente, puede participar en el diseño, planificación e implementación de políticas públicas en torno al desarrollo de actividades 4.0, lo que aceleraría la inserción en cadenas globales de valor, dado que se disminuyen las brechas de acceso, infraestructura y habilidades, entre otras. En definitiva, lejos de ser un “impulso evolutivo” o un proceso global solo traccionado por la innovación y la inversión privada, se puede observar cómo, en cada una de las tendencias señaladas, todos los sectores tendrán una participación sumamente importante en la gestión y gestación de una importantísima parte de estos desarrollos cada vez menos futuristas, cada vez más presentes. ■

8- Cave, M. (2018). How disruptive is 5G?. *Telecommunications Policy*, 42 (8), <https://bit.ly/36lQT8V>

9- Roitter, S, Erbes, A. y Delfini, M. (2020). El futuro del trabajo. Enfoques actuales en perspectiva histórica. *Voces en el Fénix*, 80. <https://bit.ly/3L0GLCs>

EL TRABAJO DEL TIEMPO

El trabajo está lleno de significados que hay que saber leer y descifrar. La dignidad de los trabajadores, la formación profesional, las salidas laborales y las posibilidades de ocupación para la tercera edad, son algunas de las cuestiones que merecen ser analizadas en estas primeras décadas del siglo XXI.

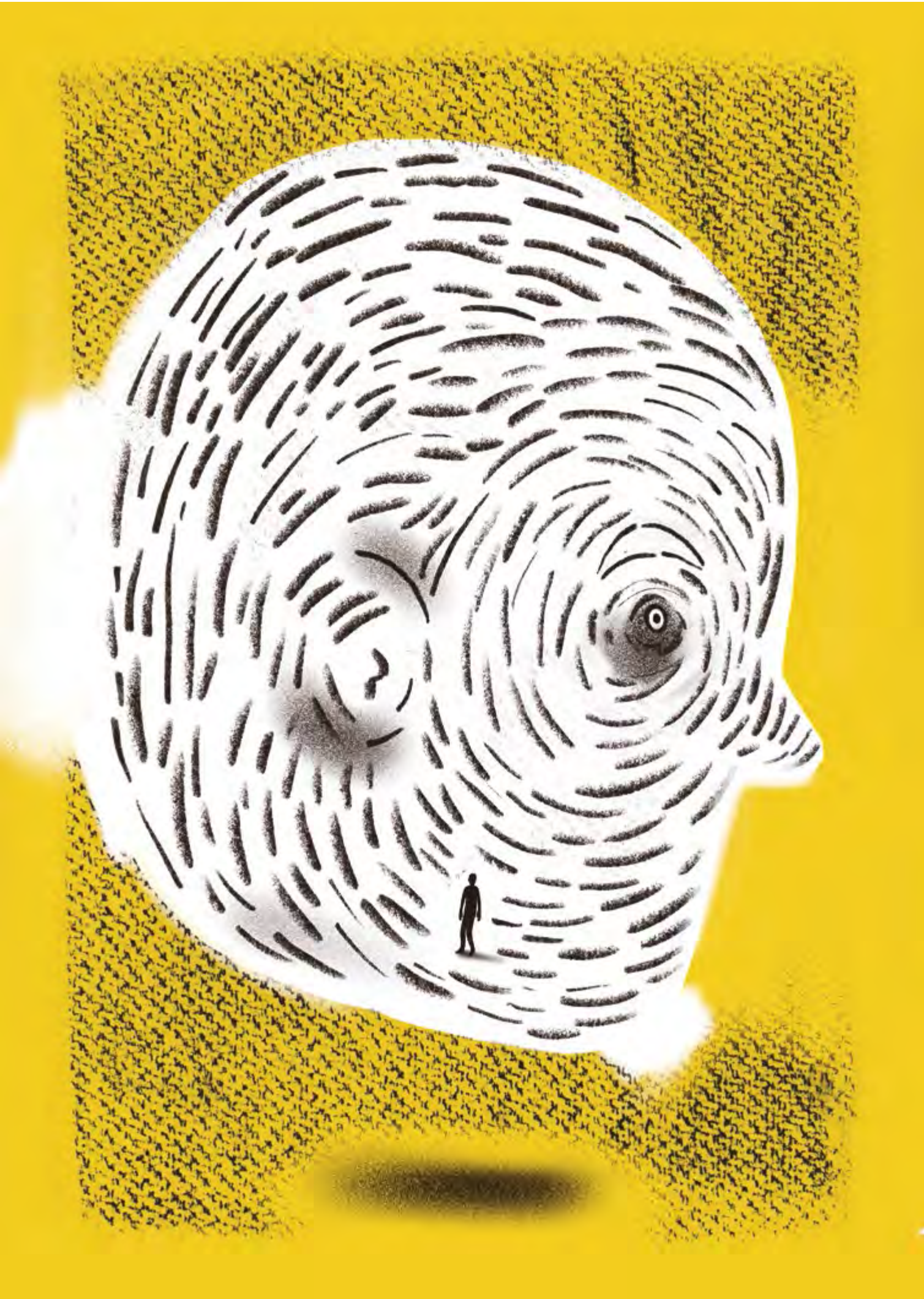
Gustavo Medrano

Es Ingeniero Industrial, docente de ingeniería en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Hurlingham, institución en la que también se desempeña como Director del Instituto de Tecnología e Ingeniería. Trabajó 24 años en el área de producción de pequeñas y medianas industrias.

No cualquier trabajo dignifica. El origen de la palabra “trabajo” se asocia, no sólo en castellano, sino en latín y en otros idiomas, a la esclavitud, la tortura, el esfuerzo desmedido. Durante gran parte de su historia, en casi todas las sociedades y religiones, la humanidad naturalizó la servidumbre y la esclavitud y, con ellas, el trabajo forzoso. Los esclavos modernos del mundo, esclavas mayoritariamente, según estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo, superan actualmente a la población de nuestro país. El trabajo forzoso representa unos 27,6 millones y el matrimonio forzoso, otros 22 millones. Y lo más grave es que no está disminuyendo; se calcula que entre 2016 y 2021 se incrementó el trabajo forzoso en 2,7 millones de personas, a nivel mundial.

En Argentina, desde la sanción en 2008 de la Ley 26.364 de Prevención y Sanción de la Trata de Personas y Asistencia a sus Víctimas, hasta el 30 de junio de este año, se rescataron 17.839 víctimas de trata de personas, en gran parte con fines de explotación sexual. Nos resta aún mucho trabajo para erradicar estos flagelos.

Dejando a un lado esta vergonzosa realidad de esclavitud en el siglo XXI, nos podemos preguntar qué es un trabajo digno o decente. La Agenda 2030 de Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible plantea como Objetivo de Desarrollo 8: “Promover el crecimiento económico sostenido, inclusivo y sostenible, el empleo pleno y productivo y el trabajo decente para todos.”



Para alcanzar la dignidad del trabajo y el descanso es imprescindible la articulación entre las leyes y el mercado laboral. En Argentina, el derecho del trabajo adquiere rango constitucional en 1949.

El Papa Francisco nos dice: “que a nadie le falte el trabajo y que todos sean justamente remunerados y puedan gozar de la dignidad del trabajo y la belleza del descanso”.

Para alcanzar la dignidad del trabajo y el descanso es imprescindible la articulación entre las leyes y el mercado laboral. En Argentina, el derecho del trabajo adquiere rango constitucional en 1949. Es muy interesante leer el Capítulo III de la Constitución de 1949; en un mismo y extenso artículo, se agrupan los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad, de la educación y cultura. Encontramos todos juntos: el derecho a una retribución justa del trabajador y el derecho a la asistencia en la ancianidad, el derecho a la capacitación en el trabajo y la igualdad jurídica de los cónyuges, el derecho a condiciones dignas de trabajo y la autonomía universitaria, el derecho a la preservación de la salud de los trabajadores y el derecho al cuidado de la salud física y la salud moral de los ancianos, el derecho al bienestar del trabajador y becas para todos los niveles de educación, el derecho a la seguridad social y el derecho al trabajo en la tercera edad, la protección del patrimonio cultural de la nación y la patria potestad compartida. Esta lista nos deja pensando en las relaciones e imbricaciones que existen entre todos los derechos de este artículo 37 que empieza justamente con:

"Derecho del trabajador- El trabajo es el medio indispensable para satisfacer las necesidades espirituales y materiales del individuo y de la comunidad, la causa de todas las conquistas de la civilización y el fundamento de la prosperidad general; de ahí que el derecho de trabajar debe ser protegido por la sociedad, considerándolo con la dignidad que merece y proveyendo ocupación a quien lo necesite".

Lamentablemente todos estos avances quedan luego derogados con el gobierno de facto de 1955, aunque algunos subsistieron en la Reforma de 1957 y su Artículo 14 bis. Recién en 1974 se produce otro avance importante en

Derecho laboral con la Ley de Contrato de Trabajo, con un claro espíritu de justicia social. Nuevamente hay cercenamiento de derechos laborales en 1976 con la dictadura; algunos se recuperan entre 1983 y 1989, y otros desde el 2003. Los vaivenes del Trabajo van de la mano de los respectivos contextos políticos, económicos y sociales.

Trabajar en el Siglo XXI

Algunos debates y desafíos perduran, muchos se modifican, otros mueren y constantemente nacen nuevos. La digitalización, la no discriminación, la robotización, la erradicación del trabajo forzoso, la negociación colectiva, la globalización, el trabajo pobre, las nuevas profesiones, la seguridad social, la inclusión de las mujeres, las condiciones de trabajo, el trabajo a distancia, la erradicación del trabajo infantil, las jornadas y el tiempo de trabajo, el trabajo informal, la desintermediación, el trabajo temporal, el techo de cristal, la formación continua, la descarbonización, el trabajo de cuidado, las migraciones y la transición justa hacia la sostenibilidad ambiental. Más recientes o de larga data, todos tienen vigencia hoy.

El primer trabajo

¿Cómo prepararse para el primer trabajo? ¿Dónde trabajar?

Los cierres de escuelas, universidades y todas las instituciones educativas y formativas durante la Pandemia de COVID-19 tuvieron efectos perjudiciales en los aprendizajes. Se acentuaron los problemas y desigualdades en educación, formación y trabajo, tanto entre los distintos países como dentro de ellos. En 2020 y 2021, crece el número de “ninis”, término extendido, aunque despectivo a mi gusto, para los jóvenes sin estudios ni trabajo. Existe un fenómeno de “cicatrización” en jóvenes que pierden su empleo o no lo consiguen que resulta en una mayor dificultad para insertarse en el futuro en el mercado laboral.

La única salida es generar más trabajo decente y para ello es imprescindible más y mejor educación y formación.

¿Dónde podemos encontrar oportunidades los países en desarrollo? Deberíamos apostar especialmente a las economías “digital”, “naranja”, “verde” y “azul”.

La reciente pandemia aceleró aún más la ya creciente digitalización de la economía y la sociedad. El empleo juvenil en la economía digital demanda una gran cantidad de trabajadores calificados, con altos niveles de educación y formación. Representan grandes desafíos la exigente y necesaria formación que tensiona con las demandas y urgencias del mercado, y regular virtuosamente el alto

grado de incertidumbre e inestabilidad laboral, propio de este mercado.

La economía naranja engloba las industrias artísticas, culturales y creativas; muy dinámica, está creciendo rápidamente en sectores con mucha inserción juvenil como los videojuegos y las artes visuales.

Las economías verdes y azules también son una gran oportunidad de empleo para los jóvenes. La promoción de los productos y consumos locales, la sostenibilidad de los ecosistemas terrestres, costeros y marinos, el reciclaje, la gestión de residuos, la construcción y la agricultura sostenible, las energías limpias y renovables necesitan de una formación y educación dinámica y espíritu innovador.

Educar para el trabajo y trabajar en la educación

Todas estas oportunidades de desarrollo necesitan de una mejor educación y formación para el trabajo. En nuestro país los mundos de la educación y del trabajo están divorciados o al menos distanciados, tanto desde la educación inicial hasta la educación terciaria, que es donde debería haber una mayor interrelación. Si bien el sistema universitario argentino prioriza básicamente la formación de profesionales, el diálogo y la cooperación con el mercado laboral, las empresas, la industria, es muy pobre. Otros países lograron una mayor vinculación entre el sector productivo y las universidades. La limitada cercanía de la educación técnica, la formación profesional, las carreras tecnológicas y de ingeniería a la industria, son solo la parte más visible del problema. Toda la educación necesitaría un contacto más cercano con el trabajo. Es muy importante que quienes formamos parte del sistema educativo escuchemos y estudiemos al mundo laboral y trabajemos juntos. Son fundamentales las prácticas profesionalizantes en la educación técnica, las visitas a las empresas y, recíprocamente, de las empresas a la escuela y la universidad, y las prácticas profesionales supervisadas en carreras de grado. Todo acercamiento entre la educación y el entramado socioproductivo es enriquecedor. Estas consideraciones no concluyen en que hay que formar los profesionales que nos pida el mercado laboral y punto. Debemos formar profesionales comprometidos también con la sociedad, la nación, el ambiente, es decir, profesionales éticos, que valoren los derechos humanos y la diversidad en todas sus formas, pero que no les falte la formación necesaria para realizar los trabajos que se demandan aquí y ahora, y en el futuro cercano.

Si el trabajo es fundamental para el bienestar del pueblo, y la educación es su base, entonces trabajar para una mejor educación es imperativo. La revalorización de todos los niveles educativos, con inversión estatal y privada en

salarios, en capacitación, en infraestructura y en becas debe ser una prioridad que trascienda a los gobiernos como política de estado.

¿Hasta cuándo trabajar?

En todo el mundo las poblaciones están envejeciendo. Entre 2000 y 2050, la proporción de la población mundial de 60 años y más se duplicará, ya que aumentará del 11% hasta el 22%. En Argentina, el INDEC estima que habrá más de 10 millones de personas mayores de 60 años antes del 2040, un quinto de la población total.

La Asamblea General de la ONU proclamó en el 2020 la Década del Envejecimiento Saludable (2021-2030). El propósito es aunar a los gobiernos, la sociedad civil, los organismos internacionales, los profesionales, las instituciones académicas, los medios de comunicación y el sector privado en torno a diez años de acción concertada, catalizadora y de colaboración para mejorar las vidas de las personas mayores, sus familias y las comunidades en las que viven.

Entrecruzados con el concepto de *envejecimiento saludable*, se habla de *envejecimiento activo* que hace foco en la participación laboral y la optimización de oportunidades para envejecer con óptima calidad de vida, y de *envejecimiento productivo*, asociado al trabajo remunerado, en actividades de voluntariado, ayudar en la familia y/o mantenerse de forma independiente.

Hoy la mayoría de los trabajadores mayores de 60 en América Latina lo hacen por necesidad ya que la protección social no alcanza a la totalidad de la población. En Argentina, si bien encontramos una cobertura muy amplia, los ingresos son insuficientes para alcanzar las necesidades y se produce un fenómeno similar, aunque menor.

El trabajo para personas mayores no debe constituir una fuente de ingresos para aquellos que lo necesitan, pues para eso está el sistema de seguridad y protección social. Debería alcanzarse un piso que asegure que el empleo en esta etapa de la vida sea escogido libremente.

Solo una minoría de personas mayores trabaja por el contenido y el valor social y económico del trabajo. Son personas mayores que trabajan aunque reciben pensión, y la proporción se acrecienta a mayor nivel educativo de los trabajadores. Hay también un grupo importante de personas que recibe pensión y no trabaja, pero desearía trabajar. Obstáculos como la discriminación por edad y la falta de flexibilidad en el mundo laboral para acomodar sus necesidades e intereses les impiden acceder al mercado.

Tenemos un difícil desafío: salir de la visión economista simplificada que se centra solo en los costos y aprovechar el inmenso potencial que tiene la población mayor para contribuir al desarrollo de toda la sociedad. ■

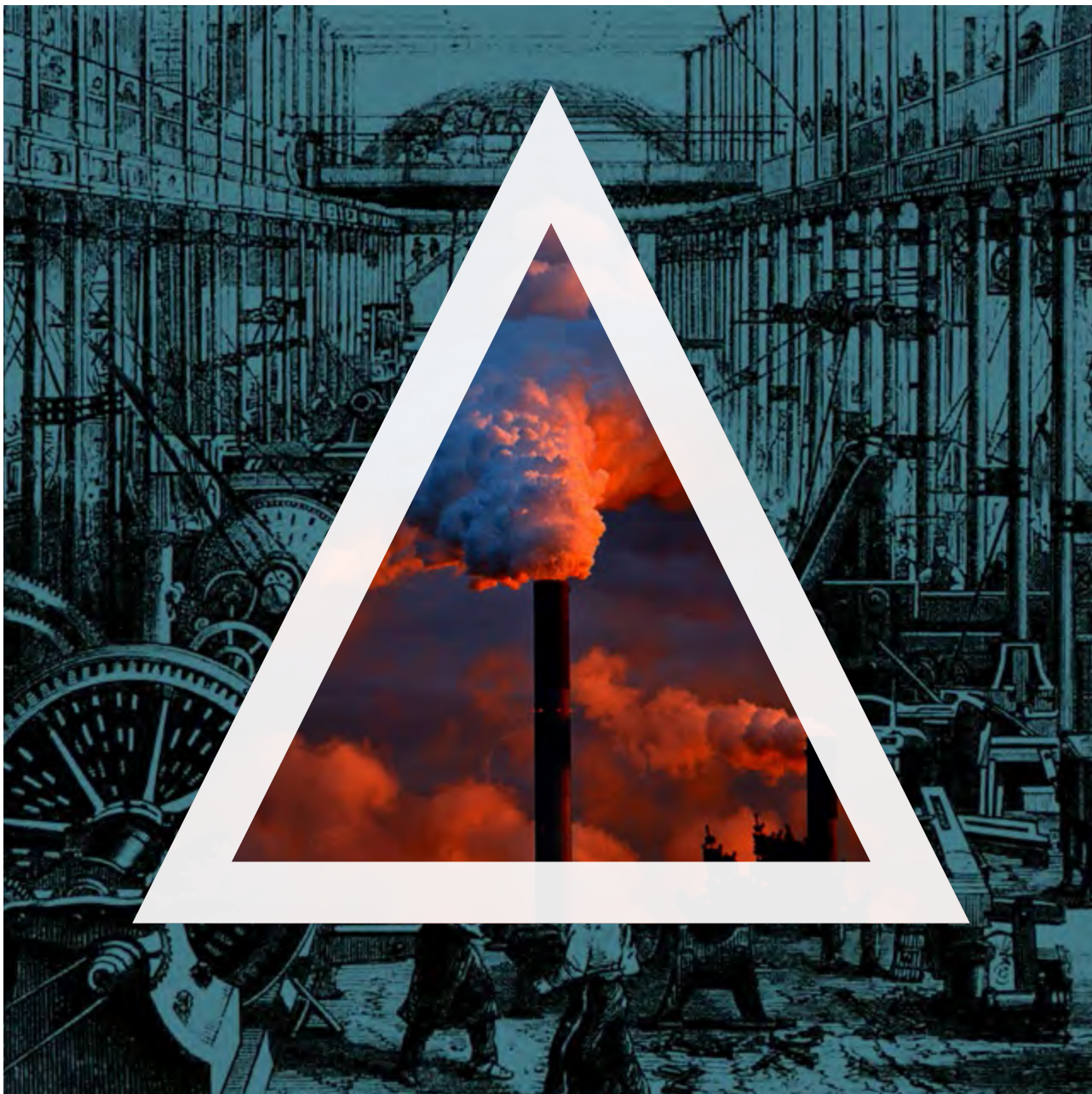
ENTREVISTA AL TEÓRICO FRANCÉS ALAIN SUPIOT

“EL MODELO DE DESARROLLO PROMOVIDO DURANTE DOS SIGLOS POR OCCIDENTE ESTÁ LLEGANDO A SU LÍMITE CATASTRÓFICO”

Mauro Libertella

Nació en 1983. Es periodista y escritor. Publicó las novelas *Mi libro enterrado*, *El invierno con mi generación*, *Un reino demasiado breve* y *Un futuro anterior*.

“El trabajo no es una mercancía”, repite siempre el teórico francés Alain Supiot, que lleva años pensando en relación a la cuestión de trabajo. Nacido en 1949, es Licenciado en Sociología y Doctor en Derecho y profesor de la Universidad de Nantes. Escribió nada menos que 24 libros, en los que ahondó en una visión comprometida de los vínculos laborales, denunciando siempre la precarización y la flexibilización de las propuestas neoliberales. Su libro más reciente es *El trabajo ya no es lo que fue*, que sirvió como disparador para esta conversación.



■ **Hay una pregunta simple pero profunda que reaparece en su trabajo, y con la que podríamos empezar. ¿Por qué y para qué trabajamos?**

—Esta es, en efecto, una pregunta esencial, porque es parte de las dos características fundamentales que distinguen a la especie humana de la especie animal: su cualidad de *homo sapiens*, que accede a través del lenguaje a una representación simbólica de su existencia; y su cualidad de *homo faber*, que fabrica herramientas para aumentar sus facultades físicas y mentales. A través de su obra, el *homo faber* transforma su entorno de vida y así se forma a sí mismo. A diferencia del trabajo de la máquina, el trabajo humano combina una dimensión objetiva de acción sobre el mundo exterior con una dimensión subjetiva de acción sobre sí mismo. Entender el trabajo, en este siglo XXI, como en los anteriores, significa vincular estas dos vertientes: la objetiva y la subjetiva.

■ **¿Cuáles son la cara objetiva y la subjetiva del trabajo?**

—La objetiva es la de la impronta que deja en nuestro “entorno”. A través de su trabajo, el *homo faber* adapta su entorno de vida a sus necesidades, saca del caos un cosmos, un mundo humanamente habitable. Pero a través de su trabajo puede, también, a la inversa, destruir o saquear, voluntariamente o no, este entorno vital y hacerlo inhabitable. La cuestión del trabajo y la cuestión ecológica son, pues, inseparables. El llamado Antropoceno -calentamiento global y pérdida de biodiversidad- es el resultado directo de transformaciones en la organización del trabajo a escala global desde la Revolución Industrial.

En cuanto a su lado subjetivo, todo trabajo verdaderamente humano es también trabajo sobre sí mismo. Enfrentándonos a la realidad, la obra nos enseña a aferrarnos a esta realidad al mismo tiempo que desafía

nuestra imaginación; es la fuente histórica y acumulativa de conocimiento que se transmite de una generación a otra, al tiempo que permite que cada nueva generación deje su propia huella en el mundo. La experiencia del trabajo participa pues en la formación de la razón del *homo sapiens*. Privar a franjas enteras de jóvenes de ella, como sucede hoy en muchos países, solo puede tener efectos mortales.



El homo sapiens accede a través del lenguaje a una representación simbólica de su existencia. El homo faber fabrica herramientas para aumentar sus facultades físicas y mentales.

▪ Otro concepto que usted trabaja es el de la “justicia laboral”. ¿Qué es y cómo se consigue?

-La justicia ha sido muchas veces concebida como un orden ideal e inmutable al que convendría ajustarse. Pero es más bien la experiencia históricamente cambiante de la injusticia lo que es primordial. Fue la miseria de la clase obrera, engendrada por el surgimiento del capitalismo industrial, lo que despertó, en el siglo XIX, el deseo de comprender sus causas y combatir su expansión. Esta experiencia difiere de la que pueden tener hoy los trabajadores que están sujetos a la gobernanza por números, es decir a la gestión por algoritmos o indicadores numéricos. En otras palabras, la justicia no es el resultado de un “orden espontáneo”, de un mecanismo autorregulador de

tipo biológico o económico; es el resultado de esfuerzos constantemente renovados, destinados a reducir los factores de injusticia propios de una época dada y de circunstancias precisas.

▪ Antes mencionaba la crisis climática, y la ligaba directamente a las maneras en que trabajamos, en que producimos. ¿Qué cambios urgentes hay que implementar en el mundo del trabajo para paliar o revertir ese proceso?

-La globalización neoliberal ha metido a todo el mundo en una carrera para rebajar las condiciones laborales y la protección del medio ambiente. Pero ahora está alcanzando su límite catastrófico. En el plano económico y ecológico, la sobreexplotación del hombre y de la naturaleza degrada sus condiciones de vida y ensancha vertiginosas desigualdades entre y dentro de las naciones, lo que genera -y cito la Constitución de la OIT- “tal descontento que pone en peligro la paz y la armonía universales”. Y a nivel cultural, la estandarización mercantil del mundo está sacudiendo pueblos y culturas y suscitando reacciones identitarias cada vez más violentas. De ahí el auge en muchos países del “etnocapitalismo”, que sin cuestionar las causas económicas de este descontento, lo dirige hacia chivos expiatorios, designados por su nacionalidad, su religión, su sexo, el color de su piel o su origen.

▪ La globalización como funciona hoy, entonces, sería, para usted, uno de los ejes del problema.

-Sí. Tenemos que pensar cómo salir de los callejones sin salida de la globalización sin ceder a la retirada de la identidad.

Este estrecho camino sería el de una verdadera globalización. Familiar a las lenguas romances, pero ignorada por el idioma inglés, la noción de globalización nos viene de la palabra latina *mundus*, que designaba la tierra habitada, así como el ornamento o adorno. Así como en griego el cosmos se opone al caos, en latín el *mundus* se opone al *immundus*, es decir, a lo impuro y a la inmundicia y, más generalmente, a lo inhabitable. Globalizar, en este sentido etimológico, ya presente en el derecho romano, consiste pues en hacer humanamente habitable un universo físico. En un momento en que el modelo de desarrollo promovido durante dos siglos por Occidente está llegando a su límite catastrófico, se debe desarrollar un nuevo modelo que tenga en cuenta los conocimientos y las experiencias de todas las civilizaciones. La diversidad de lenguas y culturas es una fortaleza, no un obstáculo, para instaurar nuevas formas de solidaridad entre las naciones y así avanzar juntas en el camino de la justicia social y ecológica, que conjugue la igual dignidad de los seres humanos y la preservación y el embellecimiento de sus hábitats.

Fue la miseria de la clase obrera, engendrada por el surgimiento del capitalismo industrial, lo que despertó, en el siglo XIX, el deseo de comprender sus causas y combatir su expansión.

▪ ¿Cuál es el mayor desafío hoy sobre el futuro de las relaciones laborales?

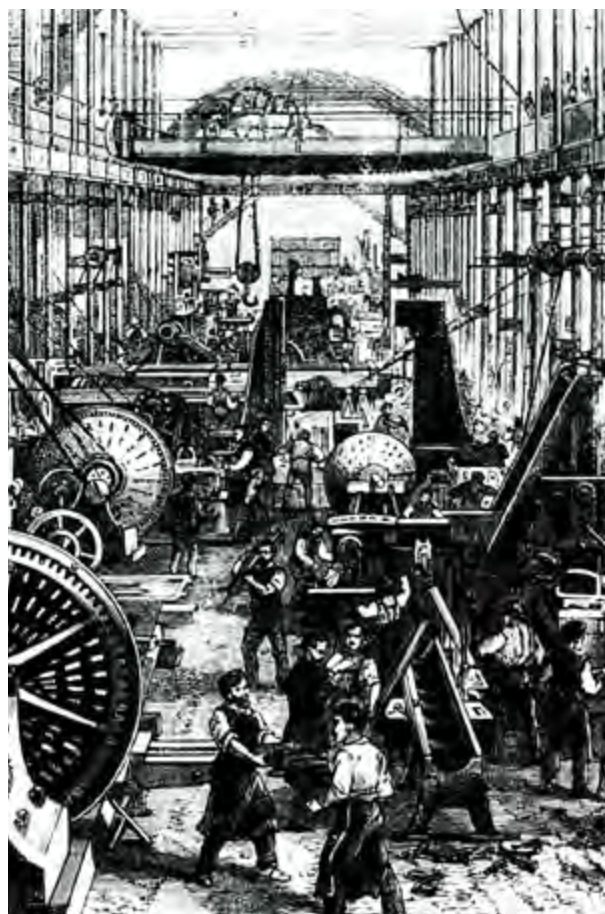
–Creo que se debe seguir el espíritu de la Declaración de Filadelfia, que llama a todas las naciones del mundo a idear reformas que aseguren a los trabajadores “la satisfacción de dar la medida completa de sus habilidades y conocimientos, y contribuir lo mejor para el bienestar común”. Este objetivo quizás no fuera realista cuando se proclamó, en 1944, pero hoy está a nuestro alcance, siempre que pongamos nuestras nuevas e inteligentes máquinas al servicio del bienestar y la creatividad de los humanos y sus entornos vitales, en lugar de insistir en lo contrario, al tratar a los trabajadores como seres programables.

▪ Para cerrar, ¿cuál es su mirada respecto de las pensiones y las jubilaciones, que es un problema siempre en debate en nuestros países?

–La organización de los sistemas de pensiones toca también una cuestión fundamental desde el punto de vista antropológico: la de la deuda de vida entre generaciones. Esta deuda generacional significa que, habiendo recibido la vida, hay que devolverla. Frente a las generaciones que nos siguen, esta deuda tiene un doble carácter ecológico (debemos dejarles un mundo al menos tan habitable como el que nos ha sido dado) y educativo (debemos “instituirles”, es decir, enseñarles a prescindir de un tutor y a dar un sentido propio a sus vidas). Al hacerlo, devolvemos a las generaciones que nos preceden lo que ellas mismas nos dieron, pero también debemos brindarles condiciones físicas y morales de existencia al menos tan dignas como las que nos proporcionaron en nuestra niñez.

▪ ¿Y qué problemas ve en el sistema actual?

–Ocurre que este sistema de derechos y deudas entre generaciones no tiene cabida en la ideología económica liberal, que reduce todo lazo social a un vínculo contractual.



Es para evitar estos efectos nocivos, manteniendo los aspectos positivos de la libertad de comercio, que se inventó el Estado Social en el siglo XX. El derecho laboral, los servicios públicos y la seguridad social son instituciones que hacen prevalecer el largo tiempo de la vida humana sobre el corto tiempo de los mercados. Pero las instituciones basadas en la solidaridad han sido el blanco privilegiado de las políticas neoliberales, llevadas a cabo desde finales del siglo XX. Ya en 1994, en un informe titulado *Averting the Old Age Crisis*, el Banco Mundial había trazado claramente el camino hacia la globalización en el área de las pensiones de jubilación: a partir del reemplazo gradual de los sistemas de reparto por sistemas de capitalización.

▪ Más allá de las distintas situaciones nacionales, ¿la cuestión de las pensiones no sería entonces una cuestión técnica, sino sobre todo política?

–Exacto. La pregunta podría ser: ¿debe o no prevalecer la solidaridad intergeneracional sobre las fuerzas de los mercados financieros? Ante las nefastas experiencias de capitalización, particularmente en Chile, me parece obvio que debemos defender sistemas solidarios. No solo debemos defenderlos, sino repensarlos todos los días, porque la justicia entre generaciones es un tema de debate democrático y debe reconstruirse de acuerdo con los cambios demográficos, económicos y sociológicos propios de cada país. ■

MICROCENTRO PORTEÑO: LA RECONVERSIÓN FALLIDA

En una ciudad que tiene una décima parte de sus viviendas desocupadas y un déficit habitacional que crece, la posibilidad de reconvertir el Microcentro porteño, de carácter administrativo y comercial, en un barrio de viviendas, parece diluirse con la misma velocidad con la que el Gobierno porteño planteó la iniciativa.

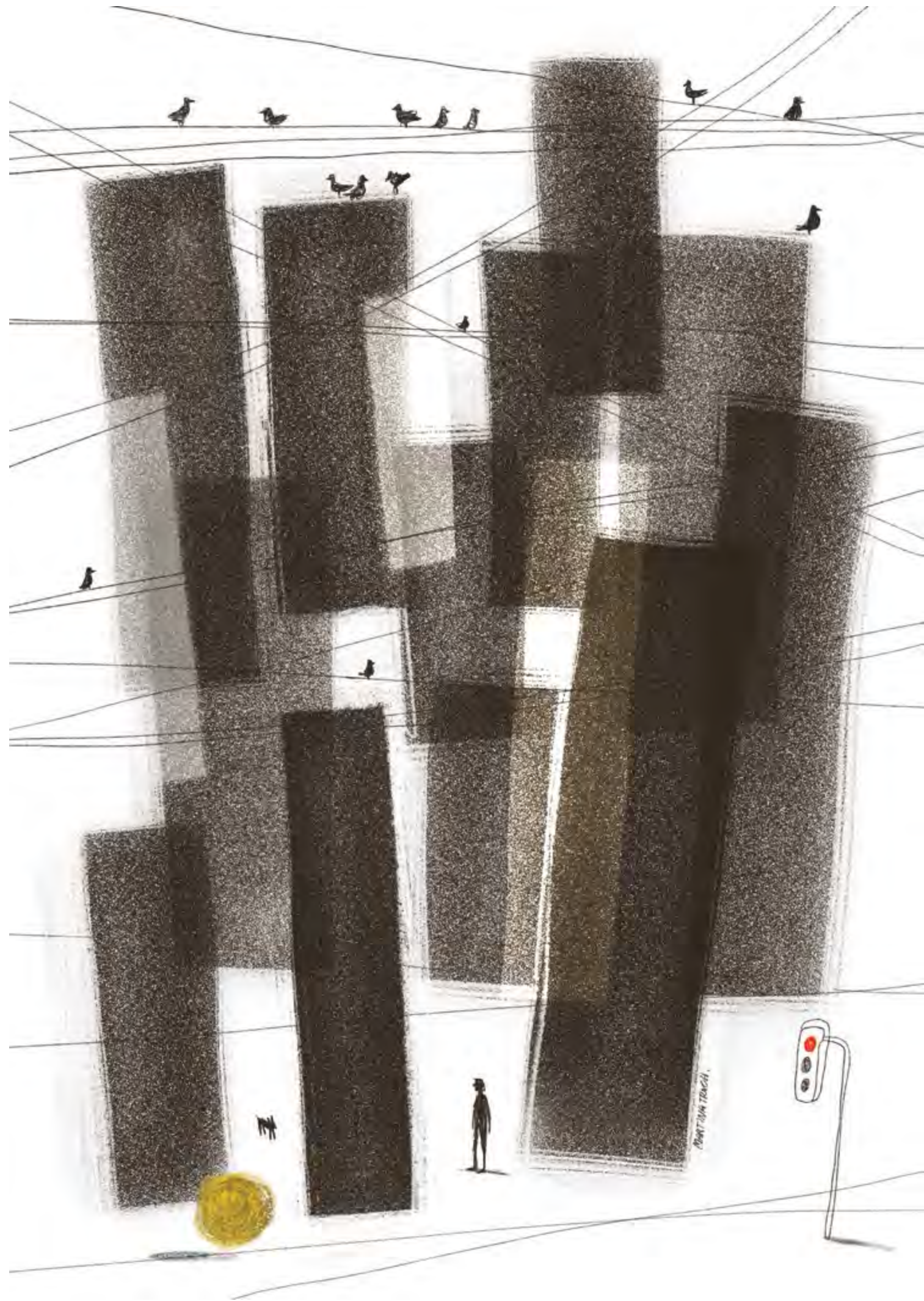
Javier Vogel

Es periodista egresado de TEA. Cursó la Maestría en Periodismo Político en la Universidad Nacional de la Plata. Colabora en el diario *La Voz del Interior*, de Córdoba. Entre 2009 y 2016 compartió la conducción del ciclo *Viaje al Centro de la Noche*, en Radio América, AM 1190.

En febrero de 2022, la administración de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires anunció con entusiasmo que “faltaba muy poco” para poner en marcha el proyecto que volvería a darle vida al Microcentro y convertirlo en “una ciudad de 15 minutos”, y estableció el 28 de febrero como la fecha para reglamentar la Ley 6508 de Reconversión del Área Céntrica, sancionada en diciembre de 2021 por la Legislatura.

La norma propone transformar al Área Céntrica de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires “en un área urbana residencial, inteligente y sostenible, a través de la promoción al desarrollo de actividades económicas estratégicas con la finalidad de mejorar las condiciones de habitabilidad, cohesión social y reequilibrio territorial, mediante el otorgamiento de beneficios impositivos a quienes realicen proyectos de renovación, transformación o rehabilitación de inmuebles ubicados dentro de ese sector, con destino a viviendas o actividades estratégicas (centros de enseñanza, centros médicos, instalaciones deportivas, lavanderías, peluquerías, establecimientos gastronómicos, centros culturales, centros de estética, residencias universitarias y comunitarias, etc.).

También sancionó la Ley 6509 de Incentivos a la Vivienda en el Área Céntrica, para promover la vivienda única y para ello “se ordena al Banco de la Ciudad que implemente una línea de crédito denominada en UVAs, con garantía hipotecaria”.



La Ley crea también el Programa Mudate al Microcentro, otra línea de crédito para afrontar los gastos iniciales de mudanza y del contrato de alquiler, que debería ser impulsada por el Banco Ciudad, algo que todavía no sucedió. De hecho, en la página web del Gobierno porteño solamente aparece publicada la enunciación del proyecto, sin informaciones concretas respecto de cómo acceder al programa. Con escepticismo, el legislador del Frente de Todos Matías Barrotaveña sostuvo que “la reconversión del Microcentro que propone el oficialismo no está pensada para gente que quiera vivir de manera permanente. Lo que buscan es transformar los edificios en espacios para turistas con el ‘modelo Airbnb’, con el que, a diferencia de lo que pasa en los hoteles, les resulta más fácil incumplir la legislación laboral y eludir los deberes impositivos”. Además, explicó el legislador, “en términos de ganancias, alquilar a turistas de manera temporal puede generar una rentabilidad hasta 10 veces mayor que hacerlo a inquilinos permanentes”.

De casa al trabajo y del trabajo a casa

Asociado históricamente a las actividades bancarias, financieras y empresariales, el sector más céntrico de la ciudad capital pasó por distintas etapas de esplendor y decadencia, siempre en consonancia con los procesos históricos del país.

Así, hombres de traje y sombrero se reunían frente a las pizarras de los diarios, donde se compartían las principales noticias de la Argentina y el mundo. Fue en esas mismas calles angostas, reservadas para peatones y “vehículos autorizados”, donde cientos de personas, sin distinción de género, corrían de una pizarra a otra para conseguir la mejor cotización durante los tiempos de la “plata dulce”.

Territorio multicultural donde en los años noventa convivieron *yuppies* y marginales/marginados, cuando los primeros le sacaron el jugo a los beneficios de la especulación financiera y los segundos “mangueaban” o corrían entre aprietos y arrebatos, como bien reflejó la película *Pizza, Birra, Faso*, sobre el final de esa década.

En aquellos años, desde “la academia” se analizó la “tugurización” de ese sector de la ciudad, apelando a un término que refleja el desembarco de sectores de menos recursos y la estigmatización de la zona como un lugar desagradable e inseguro. Para entonces, quienes querían hacer compras o ir al cine empezaron a contar con opciones más cuidadas, como los shoppings.

Matías Barrotaveña sostiene que, más allá de las circunstancias surgidas a partir de la pandemia, el retroceso del Microcentro como barrio de oficinas no es un fenómeno aislado: “La caída de los *downtown* fue un fenómeno que se dio en distintos lugares de mundo, a partir de la creación de distritos como Silicon Valley”, explicó.

La pandemia

A partir de marzo de 2020, la implementación de medidas de aislamiento y distanciamiento, fruto de la pandemia, marcaron el nuevo ritmo del viejo microcentro.

El teletrabajo fue llegando como modalidad laboral para luego ser incorporado definitivamente por empresas, grandes, medianas y pequeñas, y también por cuentapropistas de diversos rubros. Así, las calles se vaciaron y la ausencia masiva de empleados y turistas pegó fuerte en esa zona de una treintena de manzanas que pasaron, de estar desiertas a partir de las 19 o 20 horas, a una ausencia humana permanente.

El cambio fue tan brusco que hasta las personas que trabajaban en la recuperación de residuos urbanos perdieron la posibilidad de recorrer esas cuadras en busca de materiales reciclables.

La propuesta oficial de mudarse al microcentro llegó cuando la vuelta a la presencialidad asomaba tibiamente y, tan pronto como se anunció, los representantes del sector inmobiliario hicieron sus cuentas y proyecciones.

“Quien decida encarar la mudanza en el corto plazo hacia el microcentro deberá también estar dispuesto a atravesar previamente un proceso de obra de refacción y readecuación de las unidades, ya que la oferta residencial actual de calidad y en condiciones es sumamente exigua. La oferta de unidades es en su mayoría de dilatada antigüedad y con necesidad de rehabilitaciones profundas”, analizó el sitio *Reporte Inmobiliario*.

Además de considerar las refacciones que pueden requerir unidades funcionales que, por haber sido concebidas como oficinas, no cuentan con sanitarios adecuados o carecen de cocinas, existen obstáculos que pueden parecer menores pero que no lo son. Si el reglamento de copropiedad detalla que un edificio no es “apto vivienda”, para modificar ese detalle habrá que realizar una asamblea de propietarios que, de manera unánime, tendrán que votar la modificación de ese punto. Y si bien se trata de un simple paso administrativo, la dificultad reside en lograr el consenso y en tener la suerte de que la totalidad de los dueños esté en condiciones de firmar la decisión, sin, por ejemplo, unidades en sucesión.

La Perla del Oeste le preguntó a Santiago Magnin, un profesional inmobiliario que genera contenido en redes sociales y cuenta con 160 mil seguidores en Youtube, Instagram, Tik Tok, si conoce alguna experiencia exitosa de modificación del uso permitido de un edificio de oficinas. “Solo cuando hay un único dueño del edificio entero.

Cuando son muchos propietarios, nunca jamás se ponen de acuerdo, aunque racionalmente no tenga sentido prohibir el uso vivienda de las unidades”, fue la respuesta.

Sobre este punto, el artículo de *Reporte Inmobiliario* referido planteaba: “Obviamente el mayor desafío para el canal intermedio de desarrolladores inmobiliarios será el de encontrar edificios en block o bien un conjunto apreciable de unidades, a precios que hagan posible asumir los costos y el riesgo de obra proyectando un valor atractivo de venta de las unidades terminadas”.

“Por el momento, transformar edificios de oficinas en residenciales no es una unidad de negocio interesante. Además, las oficinas siguen siendo un espacio necesario”, aseguró Domingo Speranza, CEO de Newmark Argentina, una plataforma que brinda servicios inmobiliarios corporativos. “Lo más probable es que el centro de Buenos Aires comience a mezclar otra vez los usos”, estimó en *Le Monde Diplomatique*.

“En la crisis del Microcentro hay una oportunidad enorme para fundar un nuevo barrio en la ciudad que esté orientado a solucionar el problema habitacional de la clase media que tiene tantas dificultades para solucionar el problema que representa alquilar”, planteó el legislador del Frente de Todos Manuel Socías, quien también presentó un proyecto para reconvertir las oficinas administrativas del centro porteño en viviendas. “Es un sector de la ciudad que ya tiene los edificios, el tendido de los servicios públicos, el transporte.

De lo que se trata es de reconvertir esos metros cuadrados vacíos en espacios habitables por familias de clase media”, argumentó.

“Por más que uno vea que se recupera el microcentro, es probable que no se vuelva a la situación prepandemia. Nuestra propuesta es la conformación de un fondo que ayude a que los propietarios reconviertan la oficina, básicamente ayudándolos a subsidiar la tasa de los créditos que tomarían para la obra”.

A quién le interesa vivir en el Microcentro

Lejos de la mirada de los *brokers*, el titular de Inquilinos Agrupados, Gervasio Muñoz, planteó una mirada distinta sobre el proyecto del gobierno porteño: “Hay que entender que a los grandes inversores no les interesa el Microcentro y que el mercado se reconvierte sin necesidad de la intervención estatal”.

“Además, a los sectores concentrados lo que menos le interesa es tener políticas de vivienda y, por otra parte, el Microcentro no es un sector de la ciudad que esté preparado para que viva la gente en forma permanente. No hay plazas, no hay escuelas y tampoco la infraestructura que necesitan las personas para vivir en un barrio”, sostuvo Muñoz en diálogo con *La Perla del Oeste*.

Asociado históricamente a las actividades bancarias, financieras y empresariales, el sector más céntrico de la ciudad capital pasó por distintas etapas de esplendor y decadencia, siempre en consonancia con los procesos históricos del país.

El representante de los inquilinos subestimó el interés real de la administración de Horacio Rodríguez Larreta de implementar realmente el programa para habitar los alrededores de la City. “Hay un corredor que va desde Vicente López hasta Quilmes que es el que le interesa desarrollar al oficialismo porteño. En ese marco es que se hizo el Paseo del Bajo, para sacar de la superficie el tránsito de camiones de ese sector de la ciudad”, puntualizó.

“Están todos muy preocupados por ayudar al mercado y el mercado no necesita ayuda, la ayuda la necesita la gente. No vale la pena plantearse esos temas. Lo que vale la pena es poner en claro cuál es el modelo de ciudad y cómo construir un modelo de acceso a la vivienda”, concluyó.

El regreso

La desesperación por escapar del Microcentro del inicio de la pandemia dio paso a la resignación de una vuelta ineludible al cemento y el calor de las calles angostas. En ese marco, las nuevas inversiones inmobiliarias están enfocadas a los sectores cercanos al corazón de la City porteña, aunque en esta nueva etapa intentan recostarse sobre espacios céntricos pero menos explotados.

La combinación de la vuelta a la presencialidad y la posibilidad de construir con los costos en dólares más bajos de la historia, no abonan la fertilidad del proyecto que el Gobierno porteño planteó como una solución integral a dos problemas: el cierre de locales y oficinas, y la falta de oferta de inmuebles para vivienda en el distrito.

Un reporte de octubre de 2022 elaborado por el portal inmobiliario Zonaprop indica que los 15 barrios de la Ciudad de Buenos Aires más buscados para alquilar son: Palermo, 16%, Recoleta, 11%, Caballito, 8%, Belgrano, 7%, Almagro y Balvanera, 5%, mientras que Flores, San Nicolás, Villa Crespo, Retiro y Núñez tiene un requerimiento del 3%, y Colegiales, Monserrat y Devoto, sólo un 2%. El Microcentro no es, al menos por ahora, una opción para quienes buscan vivienda. ■



FICCIÓN

LABURO NOCTURNO

por Roberto Arlt



Originalmente publicadas en el diario *El Mundo*, desde fines de la década del veinte del siglo pasado, las "Aguafuertes" de Roberto Arlt quedaron enraizadas en la literatura argentina por su impertinencia y originalidad. Arlt caló hondo en detalles existenciales de los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, ya que puso sobre el tapete cuestiones que suelen ser soslayadas en la vorágine cotidiana.

Tengo un amigo, Silvio Spaventa, que, sin grupo, es un caso digno de observación frenopática.

Trabaja después de haberse tirado veinticinco años a la bartola. Cómo y cuándo, yo no sé, mas sí estoy en antecedentes de que la familia, el día que se enteró de que el nene laburaba, creyó que le había dado un ataque de enajenación mental, y avisaron al médico de la casa. Numerosas personas pasaron de visita para informarse de si se trataba de un caso que entraba en los dominios del doctor Cabred, o de si la noticia era una simple y fortuita bola que el azar había echado a correr por el pavimento de la ciudad.

Pero no; la bola no era grupo, el laburo tampoco era ataque de enajenación, y los vecinos, después de carpetear durante una semana el caso, se llamaron a sosiego, y en la actualidad el fenómeno sigue intrigando únicamente a los parientes, que cuando se encuentran con el vago le espetan a boca de jarro, como yo he tenido oportunidad de escuchar, la siguiente pregunta:

—¿Así que trabajás? ¿Te has vuelto loco?

Los parientes, como es natural, han yugado siempre. Pero se acostumbraron a ver que el otro no trabajaba, y ahora se asombran con el mismo asombro con que quedaría estupefacta una gallina de ver que el pollo, nacido de un huevo de pato, anda por el agua sin ahogarse.

Y tanto y tanto han carpeteado el asunto, que a pedido del amigo me veo obligado a explicar por qué y cómo labura... y debido a qué razones su caso escapa a la frenopatía, a la enajenación y penetra en el mundo de los casos racionales y perfectamente "manyados" por la casi totalidad de los ciudadanos de este país.

—La ventaja de hacer una nota sobre por qué trabajo —me ha dicho— consiste en que me ahorro el laburo de explicar a todos los consanguíneos las razones por qué trabajo. En cuanto me los encuentre y me pregunten, como pienso comprar doscientos ejemplares de *El Mundo*, les entrego la hoja recortada y pianto.

—Trabajo —me dice el amigo— de nueve a dos de la madrugada. Es decir, a la hora en que todo el mundo entra al "feca" o apoliya. Es decir: trabajo en unas horas en que casi nadie trabaja, que es como no trabajar. Porque ¿vos te das cuenta? —tengo el día disponible. Puedo dormir mientras "Febo la cresta dora". Y duermo. A las tres de la tarde, me levanto y salgo a ventilarme; luego, a las nueve, entro a la

oficina y salgo a las dos. Ahora bien; a mí lo que me revienta es el trabajo a horario, la recua, eso de levantarse a las siete de la mañana como todo el mundo, lavarme la cara de prepotencia, meterme en el subte repleto de fulanos ojerosos y ¡che! ¿esperar a que sean las doce para otra vez empezar la cantinela del "córrase más adelante", etc.? ¡No, che! Así no trabajo yo ni de ministro. A mí que me den un trabajo que no sea trabajo. Que no tenga las apariencias de tal. ¿Te das cuenta? Tengo psicología... Lo único que pido es que me disfracen el laburo.

—Está bien... Seguí...

—De otro modo es para cianurarse. Yo no me he negado nunca a laburar, pero, eso sí, que me dieran trabajo a mi gusto. Tardé veinticinco años en encontrarlo. ¡Pero lo encontré! Lo que demuestra que cuando uno procede de buena fe y con mejores intenciones, lo que busca no puede menos de encontrarlo alguna vez. Si yo fuera un turro bananero, no trabajaría. Andaría de portuario por los "fecas". Pero no; trabajo. Eso sí, trabajo porque sarna con gusto... es como si farrearas. Lo que hay es que soy un innovador. Un reformador de la humanidad. Pienso: ¿por qué ha de ir Vicente adonde va la gente? ¿Ves vos las consecuencias de este régimen carcelario? Que a una misma hora un millón de habitantes morfa, media hora después, ese millón, al trote y a los cañonazos, se embute en los tranvías y ómnibus para llegar a horario a la oficina... Y no es posible, che... ¡no!... Yo estoy contra la uniformidad. A mí, dame variación. Dame la poesía de la noche y la melancolía del crepúsculo y un escolazo a las tres de la mañana y una auténtica parrillada criolla a las cuatro horas. Ser o no ser, che. Sin grupo. Ponete en mi lugar...

—Sos un héroe...

—Hacé la nota, que se la enseñe al jefe, y vas a ver... ¡es macanudo!... En cuanto la lea se cacha el mondongo de risa... Bueno... Decí que abogo por la abolición del régimen del laburo diurno, que te impide darte unos buenos fomentos al sol y unas sabrosas panzadas de oxígeno. Mirá: vos lo que tenés que hacer es explicar la psicología de un "orre" en la soledad nocturna, gozando el silencio, laburando solito, amarrocando sus mangos para fin de setimana... Eso es lo que tenés que hacer, vos...

Parodiándolo a Nietzsche, que murió solo en un manicomio, puedo yo también decir: "Así hablaba Spaventa". Con meliflua y perrera expresión de hombre de mundo, que sabe lo que es carpetear el destino desde una mesa de café mientras el mozo ladra una letanía broncosa y un "de profundis" asesino por el débito de un capuchino atorrante y dos cafés achicoriosos.

¡Así hablaba Spaventa!... el que ahora trabaja... Después de haberse tirado durante veinticinco años a la bartola. Pero su buena fe ha quedado evidenciada. Que sirva de ejemplo y gozoso testimonio de vida espiritual para todos los curros que en este mundo habemos. ■

EL TRABAJO COMO MOTIVO PICTÓRICO y LITERARIO

El tópico del trabajo sirvió de inspiración a pintores y escritores de todas las épocas. Aquí, un recorrido por las obras de destacados artistas latinoamericanos que plasmaron episodios históricos en los que los obreros y sus luchas fueron los protagonistas.

Diego Erlan

Nació en San Miguel de Tucumán, en 1979. Desde los años noventa vive en Buenos Aires, ciudad en la que estudió Periodismo e Historia del arte. Ha sido profesor universitario, guionista y crítico cultural en diversos medios. En 2012 Tusquets Editores publicó su primera novela: *El amor nos destruirá* y en 2016 la segunda: *La disolución*.

En el primer semestre de 2008, se inauguró en Buenos Aires la exposición *Tarsila viajera*, donde se exhibía gran parte de la obra de la pintora brasileña Tarsila do Amaral. Más allá de sus icónicas piezas *Abaporu* o *Antropofagia*, que ya conocía de la colección de Malba, me encontré abducido por una obra que descubrí en aquella exposición: *Operarios*. Sucedió algo con esa obra que no supe identificar en aquel momento: quizás el tratamiento del color fuera lo más evidente, pero había algo también en los ojos. ¿Acaso era abatimiento y no lucha lo que transmitían aquellos ojos vacíos mirando fijo al espectador, ese contraste con el resto de las obras con la intención de producir una sensación de agotamiento y desolación? Supe después que *Operarios*, fechada en 1933, era considerada como la primera obra de pintura social de Brasil, en la que artista se aparta del modernismo regional y sus rasgos estilísticos (allí estaba la clave: los colores vivos daban paso a una escala de grises y monocromías), por un arte mucho más próximo al realismo social de influencia marxista.



MARTINA TRACH



Tarsila do Amaral. *Operarios*. 1933

La pintura presenta a cincuenta y un trabajadores casi dolientes, extenuados y desesperados, ordenados en diagonal formando una pirámide.

Son una muestra de la sociedad brasileña (y por qué no, mundial), un registro donde hombres y mujeres, negros, blancos y mestizos, se encuentran retratando el proceso de industrialización brasileño, al que también se alude en la representación mediante las fábricas humeantes, que pueden verse al fondo. ¿Qué expresaban los ojos entonces? Tal vez los efectos de la Gran Depresión del 29, pero también la vida miserable de los nuevos proletarios brasileños, que bajo el gobierno de Getúlio Vargas iniciarían el éxodo desde el campo hasta las pocas urbes brasileñas, donde la explotación laboral, el control estatal de los sindicatos y la represión a grupos de izquierdas, como le ocurrió a la propia Tarsila, serían moneda corriente. La composición funcionaba en diálogo con *Manifestación* de Antonio Berni, pintada un año después. Otro efecto del Crack, quizás, la obra de Berni representa a un grupo compacto y en una perspectiva acelerada que hace sentir al espectador la fuerza de los cuerpos que avanzan y ocupan la calle. Son trabajadores en huelga que reclaman “pan y trabajo” en clara alusión al clásico de Ernesto de la Cárcova (1894), que puede verse en el Museo Nacional de Bellas Artes: mientras que en Berni la masa se une para el reclamo, en el naturalismo de fines del siglo XIX la desesperación es solitaria y llega a destruir al núcleo familiar.

En respuesta a este cambio social, en el que la masa se convierte en multitud y así también en pueblo, Berni compone un espacio inverosímil entre esos cuerpos, pero que se asemeja —y hasta podría decirse que cita— a la pintura *La internacional*, de Otto Griebel.

Es de la misma época. Entre 1929 y 1930, el pintor alemán se propuso llenar el lienzo con una representación de un número infinito de trabajadores de diferentes nacionalidades, unidos para cantar la *Internacional*. Lo que diferencia esta obra del realismo socialista desarrollado por aquella época, es el hecho de que el artista no convierte a sus figuras en héroes. No parecen optimistas sino que hay cierta severidad en sus rostros y posturas. La coincidencia hace que en 1933, el mismo año en que Tarsila pinta sus *Operarios* con igual severidad de miradas, Griebel fuera arrestado por la Gestapo y su obra considerada arte degenerado. Al año siguiente, en la misma sincronía artística, Berni articula en *Manifestación* una masa en la que la diversidad de los rostros de mujeres y hombres da cuenta del proceso histórico: se trata de criollos, mestizos, negros e inmigrantes de piel oscura o rubios de ojos claros, “una sociedad heterogénea en la que jóvenes, ancianos y niños se unen en un mismo reclamo”, como advierte Andrea Giunta. “Todos juntos debajo del edificio rojo que funciona en clave alegórico-política como bandera”; en su libro *Contra el canon*, Giunta entiende que durante los años sesenta, la idea de masa insubordinada se articuló a la de pueblo revolucionario.



Rogelio Yrurtia. *El triunfo del trabajo*. 1907

En la primera década del siglo XX, el escultor Rogelio Yrurtia recibió el encargo, de la Comisión de Obras de Arte de la Ciudad de Buenos Aires, de realizar *El triunfo del trabajo*.

En términos generacionales, los cuerpos individuales se desmarcaron en la fricción y en la emoción de la masa y tal despliegue de coreografías múltiples -la masa proletaria, la masa militante, la masa revolucionaria- fue diseñando visualidades, sonidos y movimientos específicos. “La idea de unión, en sí misma, daba lugar a imágenes que proponían un elogio amoroso de la masa. Una invitación a abandonar el aislamiento para congregarse en un fluir solidario”, escribe, y eso nos hace pensar en el cambio producido con respecto a la obra *Sin pan y sin trabajo*: solo la unión hace la fuerza.

En esta línea, la obra de Ernesto de la Cárcova habría que ponerla en diálogo con una escultura de Rogelio Yrurtia.

En la primera década del siglo XX, este escultor recibió el encargo, de la Comisión de Obras de Arte de la Ciudad de Buenos Aires, de realizar *El triunfo del trabajo*, la obra que el mismo Yrurtia había presentado como maqueta para el Gran Premio de Honor. Planteada originalmente en mármol de Carrara pero realizada después en bronce, fundida en el taller parisino de Alexis Rudier, fue recién a mediados de 1911 cuando Yrurtia pudo terminar el grupo escultórico que pasó a llamarse *Canto al trabajo*. La obra articula catorce figuras humanas que componen una suerte de oda a la dignidad del trabajo humano. Las cinco siluetas que marchan adelante representan a la familia: el padre, que avanza en actitud serena y de espera, la madre, que mira a lo lejos como escudriñando el futuro de sus hijos, y los tres niños, símbolos de esperanza. Sobre su propia creación, el artista advirtió: “Representa un esfuerzo único en la historia de la escultura, por la magnitud de las figuras, la complejidad y grandeza de la obra que la inspira”. El escultor también vinculó su obra con el enaltecimiento de la figura de la mujer: “Su verdadero significado es un canto al amor, una representación de lo que la mujer significa en la vida de los hombres, como sostén, como alegría y esperanza en la lucha. Así le sabe llevar la angustia (grupo último) al triunfo con la familia (grupo primero) que contempla la alegoría de la esperanza con los tres felices niños. El *Canto al trabajo*, creo pues, enseñará el culto que debemos a la mujer, única inspiradora de nuestros nobles gestos”.

Borges ubica a Emma Zunz en 1922: una mujer (obrero en una fábrica) que decide vengarse del sistema que mató a su padre utilizando su propio cuerpo como evidencia del abuso de poder.

Años después y atravesado por el peronismo, el artista Daniel Santoro entendería que la escultura *Canto al trabajo* plasma la pedagogía de que los trabajadores van a ser esclavos. Lo que la obra dice, según el artista, es: “ustedes no merecen nada. Lo que tienen que hacer desde muy chiquitos —como esos chicos de cinco o seis años que están adelante del monumento— es aprender a sufrir y a padecer”.

Sabemos que el nacimiento del sujeto moderno estuvo ligado a la “sujeción” a un tiempo que ya no era el de los cuerpos sino un tiempo ajeno, el tiempo de la sucesión y la repetición acelerada de lo mismo que favoreció la creación de “esclavos temporales”.

En cierto modo, se podría decir que la modernidad instauró el tiempo único de la producción y la tecnología —único resquicio aún hoy de la creencia en el progreso—, el tiempo de la continuidad y la velocidad. Una de las características definitorias del proceso de modernización que sufrió Occidente desde finales del siglo XVIII, justamente, estuvo relacionada con un drástico cambio en la experiencia del tiempo. Desde los inicios de la modernidad tecnológico-industrial, el tiempo humano comenzó a ser abolido y sustituido por los ritmos de producción de la mercancía. El individuo moderno se convirtió entonces en un sujeto de un tiempo único impuesto desde instancias que lo superaban. La sujeción al tiempo de la cadena de montaje, en el fondo, encarna la sujeción a los nuevos dispositivos de poder, control y dominación de los sujetos que tienen su origen en la modernidad. Una metáfora posible es la escena de Chaplin en *Tiempos modernos*.

Como reflexiona Foucault, a lo largo de su genealogía del poder, en la modernidad tiene lugar un paso de un sistema basado en la represión y la tortura a otro basado en la docilización.

Los individuos modernos ya no están dominados por un señor o un rey que ejerce la fuerza sobre ellos, sino por leyes, normas y regulaciones que son aprendidas e inscritas en los propios cuerpos. Borges advierte este proceso y ubica a Emma Zunz en 1922: una mujer (obrero en una fábrica) que decide vengarse del sistema que mató a su padre utilizando su propio cuerpo como evidencia del abuso de poder. Los detalles resultan relevantes en esta lectura del trabajo en la historia del arte: la excusa que encuentra Emma para reunirse un sábado en la fábrica con el señor Loewenthal, su patrón, es una manifestación que sus compañeros harán en reclamo de mejores condiciones. Es decir que ella se aparta de la multitud por una causa personal y así volverse mártir. En este uso del cuerpo podría relacionarse a Emma con la Diana que protagoniza la novela *El trabajo* de Aníbal Jarkowski: una mujer de pocos recursos, desocupada, que día tras día tiene que salir a buscar trabajo en una ciudad (no es explícita la referencia ni al lugar ni a la época, pero puede leerse una Buenos Aires *posmenemista*) en la que a las mujeres, además de tener que pelearse por un puesto, debían lidiar con el problema de ser tomadas como objeto sexual. Más allá de Emma, a este corpus también podría incorporarse la lectura de *Sin pan y sin trabajo*, ya que el mismo escritor la toma como referencia. “No se me hubiera ocurrido, por ejemplo, pensar en un cuadro de Berni, como podría haberlo hecho, algo de Kuitca, o en el cuadro de algún pintor soviético. Tuvo que ser de la Cárcova, un ícono de la protesta social. Más allá de las diferencias estéticas, yo me siento muchísimo más cerca de él, que de otros pintores

Por eso en *El trabajo* se le da al número (que Diana, la protagonista, representa) el nombre de ese famosísimo cuadro, aunque la obra no sea expresionista ni nada de eso.

Fue una forma de extender mi solidaridad, de señalar que estábamos en el mismo camino los que, expresionistas o no, protestábamos”. El cuerpo de la mujer, entonces, como expresión de la lucha y del trabajo. Y si tuviéramos que remitirnos al pasado para encontrar el linaje de esta lectura habría que remontarse al “primer gesto vanguardista en la historia del arte argentino”, como dice Laura Malosetti Costa, que significa una obra como *El despertar de la criada* de Eduardo Sívori. No es, como en las pinturas de Millet, treinta años antes, una representación del trabajo manual en sí, sino los efectos de ese trabajo.

Enviada desde París, en 1887, la pintura supo convertirse en una bomba amplificadora de sentido realista. La pertenencia a la clase trabajadora de la protagonista puede advertirse en la sencillez del mobiliario, en las ropas amontonadas sobre un banco de paja, en la piel de la muchacha: ese foco de luz dirigida desde la izquierda



Eduardo Sívori. *El despertar de la criada* 1887

ilumina un cuerpo que se destaca con intensidad dramática sobre el fondo neutro de la pared de fondo. La piel es oscura, sobre todo en las zonas que el cuerpo de una mujer de trabajo estaba expuesto al sol: las manos, el rostro y las piernas. La criada aparece ensimismada en la tarea de dar vuelta una media para calzarla, de modo que el contraste entre los pechos y la mano castigada por la intemperie se hace más evidente. Cruzadas una sobre la otra, las piernas, gruesas y musculosas se

destacan con un tratamiento naturalista que se detiene en la representación minuciosa de unos pies toscos y maltratados. El pubis, detrás de la pierna cruzada, se ubica en el centro exacto de la composición. El escándalo que produjo la obra al exhibirse fue inversamente proporcional a la serenidad del gesto de la criada. En algún punto se la consideró "arte degenerado", pero, en definitiva, era una historia del trabajo inscrita en el cuerpo. ■

ENTREVISTA CON LEONARDO MOTTILLO

Coordinador del Centro de Servicios de Tecnología Nuclear y Energías Alternativas (Universidad Nacional de Hurlingham / Asociación de Industriales Metalúrgicos de la República Argentina). Investigador y docente UNAHUR.

“CON LAS ENERGÍAS ALTERNATIVAS PUEDE HABER UNA REVOLUCIÓN”

Nicolás Iriberrí

Cursó en la escuela técnica E.E.S.T. N° 4, I Brigada Aérea de El Palomar, donde egresó en 2017 como Técnico Aeronáutico. En 2019 ingresó en UNAHUR, consiguiendo en 2021 el título intermedio de Técnico Universitario en Metalurgia. Actualmente desarrolla una pasantía en el Laboratorio de Metalurgia.

Leonardo Mottillo es Ingeniero en Materiales, formado en el Instituto Sábató, dependiente de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Se graduó por la Universidad de San Martín (UNSAM) y actualmente se desempeña como docente investigador en la Universidad Nacional de Hurlingham, en un centro tecnológico que funciona dentro de esta institución. En esta conversación, Mottillo cuenta su recorrido y aborda cuestiones como el futuro del trabajo, las próximas revoluciones en la industria y qué puede hacer la universidad para formar y acompañar a los trabajadores.

■ ¿Cómo fue su paso por la educación?

—Tuve una formación entre los niveles obligatorio, primaria y secundaria en una institución privada en Capital, cuando eran siete años de primaria y cinco años de secundaria. Terminé mis estudios secundarios en diciembre de 2001, momento alegórico de nuestro país como para salir a repartir currículums a empresas.



Las universidades son los lugares de generación del conocimiento. La vida académica, los grupos de investigación son fundamentales. Acá en Argentina y en el resto del mundo, a los estudiantes les abre el panorama.

De hecho, el 18 de diciembre había ido a una empresa, a conocer a una de las personas que me había convocado y me dijeron: “Esto es una entrevista. ¿No trajiste un CV?”; yo le respondí que no, porque venía a un charla. Entonces me dijeron: “Bueno, mañana traéme un CV”.

El 19 de diciembre estaba llevando mi currículum.

En ese contexto terminé mis estudios secundarios, habiéndome decidido por una carrera de ingeniería; en aquel momento me había volcado por Ingeniería Industrial y me había anotado tanto en la UTN (Universidad Tecnológica Nacional) como en la UBA (Universidad Nacional de Buenos Aires) para hacer el CBC. En el Instituto Sábato obtuve una beca de dedicación exclusiva, que es lo que me permitió culminar mis estudios de ingeniería y graduarme en la Universidad Nacional de San Martín.

▪ ¿Qué significó para usted tener dedicación exclusiva al estudio?

—Primero la subestimé. Antes de la beca, trabajaba prácticamente de 08:00 hasta las 18:00, y después cursaba a la noche. Cursar tres días a la semana era bastante costoso. Quiero decir que el cuerpo a uno le pasa factura porque el esfuerzo no era muscular, pero sí intelectual, así que costaba levantarse temprano para ir a trabajar y costaba mantenerse despierto. Con beca cursamos entre las nueve de la mañana y las tres o cuatro de la tarde, los primeros cuatrimestres, y los últimos cuatrimestres se daban jornadas prácticamente de 9 a 18 hs, cursando, haciendo prácticas en esas instalaciones que tiene la Comisión Nacional de Energía Atómica en el Centro Atómico Constituyentes.

▪ ¿Cómo eran los Laboratorios de la Comisión Nacional de Energía Atómica en el Centro Atómico Constituyentes?

—Hay distintos laboratorios. El del Instituto en particular está armado con lo que equipó el Laboratorio, más que nada en la cuestión de docencia. Pero como el Instituto está dentro del Centro Atómico, como estudiantes de la carrera accedíamos al uso de equipamiento que hay en el Centro Atómico.

El equipamiento era utilizado por la Comisión de Energía Atómica y por los distintos grupos de investigadores, no servía solamente para hacer docencia, ya que servía para obtener resultados, para que los investigadores respondan sus propias preguntas. Eso es maravilloso, porque uno está embebido en un ámbito de gente que investiga, de líneas que le interesan, que uno está ahí, cerca de toda esa experiencia, que no es inaccesible.

▪ ¿A la hora de insertarse al mundo laboral ¿sintió que había sido preparado para la industria?

—Como todo graduado universitario reciente, uno siente que le faltan cosas. Si bien terminé la carrera, creo que no, que me falta, y en realidad eso es una sensación compartida. Uno termina y piensa que le faltan herramientas. El secreto es tener muy incorporado lo elemental.

▪ ¿Qué diferencias ve en la industria de hoy en contraposición a la antigua? ¿Qué avances tecnológicos se ven en la industria?

—Yo visito distintas empresas y hay mayor o menor incorporación de lo que se llama la industria 4.0, de lo que es el internet de las cosas; el poder tener en una nube datos que te permitan hacer un análisis y mejoras inmediatas o controlar determinados procesos, todo eso es fabuloso cuando uno lo tiene. Es necesario invertir una importante suma de dinero para tener las cosas así, pero eso no quiere decir que en otras industrias siga funcionando el torno con el que están mecanizando manual. Todavía algunos tienen un tornero que no traspasa experiencia, no hay transferencia de un operario grande. Un oficial con muchísima experiencia no se la transfiere completamente a un novato y la empresa avanza, la industria avanza con ese tipo de tornos. Nosotros vemos un equipamiento como el que tenemos en nuestro laboratorio metalurgia que es por control numérico, que hay que saber programarlo, pero para saber programarlo hay que haber pasado por lo anterior. Yo me acuerdo, y a veces hago el ejercicio de pensar que todos hoy usamos una calculadora para hacer alguna cuenta por más sencilla que sea o abrimos un Excel y abrimos una columna para simplificar algunas cosas. Pero todos pasamos por la escuela y agarramos un lápiz y un papel, y sabemos cuál es el algoritmo para hacer una suma, una resta, una división y es lo que uno tiene que concientizarse: hay una tecnología que te ayuda, pero



Estudiante en el laboratorio de Ingeniería Metalúrgica de la UNAHUR

tener el recorrido, con ese control numérico que tiene las máquinas que arrancan viruta como las fresadoras, como los tornos. Para programar esos programas, hay que pensar en el modo en el que se mecaniza. Entonces, no es solo conocer un lenguaje de programación y saber cómo interactuar con la máquina, sino decirle a la máquina lo que yo quiero que la máquina haga.

▪ **¿Esto en qué medida afecta a los trabajadores?**

—En general uno sospecha que la tecnología corre al hombre, a la mujer. En realidad la tecnología no desplaza puestos de trabajo, los mejora, porque, hay que decirlo, en algunos casos se corre menos riesgo, y eso está bueno. Está bueno que un puesto de trabajo te demande que te formes un poco más, para que dejes de hacer algo y decirle a la máquina que lo haga y, probablemente, eso implique que una máquina haga lo que en tiempo hacían dos personas. Pero no implica que haya más turnos, más productividad y que el personal se tenga que reemplazar en turno más acotados.

Hoy se está tratando de plantear de hecho que la jornada laboral no se complete en 5 días, que sea de 4 días. Se están discutiendo un montón de cosas, sobre todo postpandemia. La tecnología nos desafía a una permanente actualización.

▪ **¿Qué revolución próxima se espera en la industria?**

—Lo que nos dejó la pandemia fue poner en duda la globalización, porque cuando se paró el transporte marítimo, la globalización no se podía efectivizar sin esa logística. Está bárbaro que en determinado lugar del mundo se fabriquen determinadas cosas y, en otro, otras, y que después haya barcos yendo y viniendo trayendo lo de allá para acá.

Se replanteó desglobalizarnos, volver a tener capacidades, no de gran envergadura pero, por lo menos, tener la capacidad de producir bienes que se necesitan de manera más cercana y que estén al alcance, no vía marítima.

Nuestro continente es un continente virgen en cuestión de explotación de materias primas, tenemos nuestro triángulo del litio. Argentina, Bolivia y Chile son los países que lo contienen, el litio es utilizado para las baterías, para la autonomía de distintos dispositivos, que, almacenando energía, funcionan combinando con la parte eléctrica, con la parte solar. En general, con las energías alternativas puede haber una revolución por ahí. Pensando que los automóviles no se van a desplazar con el combustible derivado del petróleo, ya hay un cambio de paradigma.

Todo lo que tenga que ver con la energía, va a tener un impacto industrial.

▪ **El ámbito académico, ¿qué ofrece, o qué oportunidad representa para los trabajadores, como los que lo son en potencia?**

—Para los estudiantes, el sector académico ofrece la formación para que vayan al mercado laboral, también les da la posibilidad de pensar qué pueden elegir para su desarrollo profesional, en el ejercicio de esos títulos en los que se anotaron y están por alcanzar. Las universidades son los lugares de generación del conocimiento. La vida académica, los grupos de investigación son fundamentales. Acá en Argentina y en el resto del mundo, a los estudiantes les abre el panorama (que a veces desconocen). Está bueno hacer una pausa y decir, bueno, te forma para trabajar en una planta industrial, pero podés considerar hacer tu propio emprendimiento, compitiendo con otros emprendimientos, otras empresas y también te ofrece un espacio para que te desarrolles. A los trabajadores les ofrece un lugar donde formarse, pero también un lugar donde encontrar soluciones y esto no es sólo para los trabajadores, sino también para las empresas que emplean a esos trabajadores que son los que tiene que resolver cuestiones adentro de las empresas.

▪ **¿Cómo se presenta la universidad a la hora de preparar a sus estudiantes para incorporarlos al mundo laboral?**

—Desde mi rol de docente de materias de formación específica que tiene que ver con la carrera de Metalúrgica, la universidad se presenta asociada a la cámara de cámaras de las industrias metalúrgicas. Ya al establecer este centro tecnológico, vincula a la universidad con quien las representa en las empresas del sector metal mecánico en todo el país. Por lo tanto, muchos problemas que no llegan a la universidad, sí llegan a la cámara.

Entonces que esta universidad tenga a ese socio en un centro tecnológico puertas adentro de la propia institución, ya está encarando la formación de estudiantes en contacto con problemáticas de las empresas, y a su vez equipándola con las necesidades que tienen las empresas.



Salar de Hombre Muerto (Argentina). Es una de las principales reservas mundiales de litio, junto con el Salar de Uyuni (Bolivia) y el Salar de Atacama (Chile).

▪ **¿Qué brinda el espacio de la Asociación de Industriales Metalúrgicos de la República Argentina en la Universidad Nacional de Hurlingham a la comunidad?**

—Contamos con una amplia versatilidad, recientemente incorporamos una máquina de ensayos de tracción, y tenemos equipamiento para cortar, soldar, mecanizar, para tratar térmicamente, para ver micro-constituyentes y para ensayar dureza. Esto nos permite hacer desarrollos que las empresas necesitan, porque no tienen ni el equipamiento, ni las personas dedicadas a una investigación. Acá podemos prototipar, o diseñar algo, podemos modificar un mecanizado o un tratamiento térmico y lo podemos validar o verificar con una metalografía, por lo que no brindamos una lista de servicios, sino que tenemos las capacidades para orientar el servicio que necesitan las empresas. Estamos por incorporar equipamiento de manufactura aditiva, equipamiento de láser manual.

▪ **¿Qué fue lo que lo llevó al ámbito académico como educador?**

—Cuando uno elige la docencia es porque tiene la paciencia para transmitir, y para generar los cambios. Creo que es el lugar donde yo les puedo transmitir a mis estudiantes



que hay capacidades en este país, para quedarse en este país y pensar este país en términos de autonomía, lo que ha sido muchos años atrás.

▪ **Estando en el Laboratorio de Metalurgia, y usted siendo profesor de la carrera ¿qué representa este laboratorio? ¿qué brinda tanto a estudiantes como a profesores?**

—Como docente de metalurgia, primero la satisfacción plena de haber implementado lo que en algún lugar leí que era el triángulo de Sábado. Verlo plasmado acá. El lugar está, están las capacidades. Hay que acercarse a las empresas, que nos visiten o que vayamos a visitarlas. Es importante estar en contacto con un plantel docente que pueda de repente sentirse a ver una problemática que nos llegó, ver si ese tipo de problemática amerita plantearla para que los estudiantes tengan acceso, siempre y cuando la fidelidad del asunto lo permita, pero plantear a los estudiantes la realidad que hoy padecen las empresas.

▪ **¿Qué es el triángulo de Sábado?**

—En el vértice superior están las políticas donde, desde el estado, se decide a dónde apuntar. Luego, están los vértices de la base: en uno, está el sector productivo, la industria en

general y, en el otro vértice, están las universidades, centros tecnológicos, organismos de ciencia y tecnología como Comisión Nacional de Energía Atómica, Instituto Nacional de Tecnología Industrial, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. Así se compone el famoso triángulo y es un triángulo porque esos tres vértices están relacionados con distintos tipos de interacciones. Esas interacciones consisten en bajar desde las políticas que se diseñan hacia el sector productivo, por un lado, con el Estado y, a su vez, desde el Ministerio de Ciencia y Tecnología o la agencia de promoción científico-tecnológica con las universidades, para proponer convocatorias a distintos proyectos. Pero el vínculo fundamental es el de la base, que las empresas/sector productivo se vinculen con la generación de conocimiento, con las universidades, con los organismos de ciencia y tecnología, porque ahí es donde hay que hacer mayor hincapié: en la vinculación tecnológica, en la comunicación entre las empresas del sector productivo con las universidades, como grupo de investigadores e investigadoras, que generan conocimiento. ■

Esta entrevista contó con el aporte del Laboratorio de Escrituras Universitarias, Disciplinarias y Artísticas de la Universidad Nacional de Hurlingham.

DE LA RAZÓN DE UNA VIDA A UNA SOCIEDAD IGUALITARIA

que no pierde el glamour

Un contrapunto entre los libros de Eva Perón y de la economista Mercedes D'Alessandro actualiza un debate sobre los roles que la mujer ha ido ocupando en la sociedad argentina.

Claudia Torre

Dirige la carrera de Letras en la Universidad Nacional de Hurlingham y es Jefa de redacción de *La Perla del Oeste*.

Fotografía: Pinéldes Fusco
Quinta de San Vicente,
provincia de Buenos Aires, 1948.





En el Capítulo XXXII de *La razón de mi vida* titulado “Memoria, caridad o beneficencia”, podemos leer que Eva Duarte de Perón ha conseguido hacer su trabajo de ayuda social, sin caer en lo sentimental ni dejarse llevar por la sensiblería. Ante las críticas a su tarea, por parte de sectores opositores (los de “la vereda de enfrente” como dice el texto), señala que no le importa lo que se piense de ella o de su obra, pero que le causa gracia la discusión cuando no se ponen de acuerdo en la definición del trabajo que hace, porque no es “filantropía”, ni “caridad”, ni “limosna”, ni “solidaridad social”, ni “beneficencia” y ni siquiera “ayuda social”. Evita señala que este último es el nombre que describe esa tarea de manera aproximada, aunque el que ella prefiere es “justicia” y la justicia se debe administrar públicamente.

Eva Perón, en los últimos años de su corta vida quiso hacer un libro que finalmente quedó titulado como *La razón de mi vida*. Para ello contrató al escritor y diplomático español Manuel Penela de Silva, quien redactó los relatos orales de Eva. Una vez terminado el manuscrito, Eva procedió a hacer todo lo que se hace con un *ghostwriter*: ser su lectora y su correctora. Pero el resultado de la empresa no termina ahí. El libro lo publicó la editorial Peuser en octubre de 1951; asistieron a la presentación, en el auditorio de la editorial, el general Perón y el poeta Horacio Rega Molina. Eva estaba tan enferma que no pudo asistir. Murió un año después. Pero el libro que se presentó en aquella oportunidad no fue el manuscrito leído por Eva. Con el ardid de corregir los españolismos que pudiera tener, el texto fue intervenido para ser convertido en un “texto oficial”. En efecto, el Ministro Mendé, el Secretario de Prensa Apold y el Gobernador Aloé, re-escribieron partes, eliminaron palabras, intervinieron sintaxis y quedó entonces lista *La razón de mi vida* que al día siguiente de presentarse vendió 150.000 ejemplares en unas pocas horas.

Testamento político, “pastiche literario”, copia dactilográfica, edición oficial, confidencia sentimental, memoria de vida y muerte, libelo sobre lo que los varones alfa le dejaron hacer a una líder descomunal, dispositivo de captura de la razón justicialista, *La razón de mi vida* resulta de este modo un objeto extraño y de autorías múltiples. La pregunta es ¿por qué leer-considerar un libro así? ¿Es un libro de pura impostura! No obstante, su contenido registra un estado de situación y quisiera tomarlo así como se me presenta y poder pensar sus enunciados sobre el trabajo, en particular sobre el trabajo doméstico.

En el Capítulo II titulado “Una idea”, se señala que a cada mujer que se case se le debería dar una asignación mensual desde el día de su matrimonio. Un sueldo que pague a las madres de toda la Nación y que provenga de los ingresos de todos los que trabajan en el país, incluidas las mujeres.

La razón de mi vida fue publicado por la editorial Peuser en octubre de 1951; asistieron a la presentación, en el auditorio de la editorial, el general Perón y el poeta Horacio Rega Molina. Eva estaba tan enferma que no pudo asistir. Murió un año después.

Ella advierte que nadie dirá que no es justo que se pague un trabajo que aunque no se vea requiere cada día el esfuerzo de millones y millones de mujeres, cuyo tiempo y cuya vida se gasta en esa monótona pero pesada tarea de limpiar la casa, cuidar la ropa, servir la mesa, criar a los hijos, y más. Eva avanza más en el asunto y llega a plantear que aquella asignación podría ser inicialmente la mitad del salario medio nacional, y así la mujer ama de casa, “señora del hogar”, tendría un ingreso propio ajeno a la voluntad del hombre. Luego podría añadirse a ese sueldo básico los aumentos por cada hijo, mejoras en caso de viudez, pérdida por ingreso a las filas del trabajo, en una palabra, todas las modalidades que se consideren útiles a fin de que no se desvirtúen los propósitos iniciales. Más adelante, en ese mismo capítulo, Eva dice que “solamente así” la mujer podrá prepararse para ser esposa y madre, tal como se prepara para ser dactilógrafa. Señala también: “No se trata de devolverle al hogar un prestigio que nunca tuvo, sino de darle el que nunca conoció”.

Hay muchas cosas para remarcar en estas líneas. En primer lugar la idea de sueldo para, lo que hoy llamamos, trabajo reproductivo; en segundo lugar, la idea de un sueldo ajeno a la voluntad del hombre, aunque no a una política pública estatal; en tercer lugar, la analogía con la figura de la dactilógrafa que nos habla de un imaginario de profesionalización del trabajo en la casa: prepararse para trabajar en la casa como prepararse para trabajar en la oficina, me envía incluso al escenario del trabajo en pandemia. La casa-oficina, la domesticidad hibridada con la vida laboral.

Eva, en este capítulo, termina diciendo “De nada

nos valdría un movimiento femenino organizado en un mundo sin justicia social”. Esta idea es ciertamente muy provocadora, puesto que desafía los principios de organización de los movimientos sociales vinculados a los feminismos (y hoy agregamos a la diversidad sexual). No podemos saber con precisión si esta hipótesis le pertenece a Eva, a su redactor, a su reescritura, a sus censores y auditores... Los dispositivos de enunciación se nos escurren de las manos cuando los queremos comprender. Pero más allá de esto, hay un presupuesto allí ciertamente incómodo: que los movimientos de mujeres podrían organizarse (o se han concebido) como idea de sectores medio-burgueses (no oligarcas puesto que Eva a la oligarquía no le asigna ningún valor que no sea la falta de solidaridad y el egoísmo de sólo pensar en sus beneficios de clase). El texto desconfía un poco de los movimientos de mujeres a pesar de que, desde las sufragistas del siglo XIX, siempre en la calle y en la política, las anarquistas de principio del siglo XX, y las obreras y empleadas de los años 40, del siglo XX, que iban a sus trabajos, padecieron y denunciaron la explotación laboral.

Ahora bien, así como podemos pensar en qué posición se colocaba Evita respecto de los movimientos de mujeres y también observar su deseo de conducirlos, también vemos que la expectativa de Eva no era simplemente la de garantizar a las mujeres una vida privada mejor, más bien su ojo apunta a una esfera que se expande en círculos concéntricos:

“Nosotras estamos ausentes en los gobiernos. Estamos ausentes en los parlamentos. En las organizaciones internacionales. No estamos ni en el Vaticano ni en el Kremlin. Ni en los Estados mayores de los imperialismos. Ni en las “comisiones de energía atómica”. Ni en los grandes consorcios. Ni en la masonería, ni en las sociedades secretas. No estamos en ninguno de los grandes centros que constituyen un poder en el mundo. Y sin embargo estuvimos siempre en la hora de la agonía y en todas las horas amargas de la humanidad”.

Mercedes D’Alessandro, en su libro *Economía feminista, Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)* (2016), reflexiona sobre una descripción muy frecuente... “mi papá es ingeniero y mi mamá no trabaja, es ama de casa”, y se pregunta cuándo las mujeres empezaron a incorporarse masivamente al mercado laboral con su principal punto de conflicto: la idea de que ser ama de casa implica un no trabajo.

Lavar, planchar, sacar piojos, preparar la cena. D’Alessandro dice que, en la Argentina, 9 de cada 10 mujeres hacen estas labores domésticas, hayan entrado o no al mercado laboral, sean o no estudiantes, o graduadas universitarias.

Como si un atributo natural de la femineidad fuera: lavar, planchar, sacar piojos, preparar la cena, llevar a la tía vieja al médico.

D’Alessandro dice que, en la Argentina, 9 de cada 10 mujeres hacen estas labores domésticas, hayan entrado o no al mercado laboral, sean o no estudiantes, o graduadas universitarias. Y llega hasta el fenómeno de la robotización, alertando de no entusiasmarnos por una supuesta fuerza igualadora entre mujeres y varones, sino más bien nos pide que estemos dispuestas a deshacernos de una división del trabajo vieja “que incluso está vigente cuando imaginamos el futuro”.

Si comparo ambos libros, el de la economista joven y académica, primera generación de universitarios de su familia, que escribió su libro en New York y tuvo gran éxito editorial (publicado por Penguin Random House y por Sudamericana), con el de la esposa de un presidente que lo pensó como una memoria de su trabajo en la esfera pública —en el último tramo de su enfermedad terminal y no pudiendo acceder a las intervenciones posteriores, cuando el libro iba camino a sus lectores—, compruebo que, mientras que el libro de Eva es proyectivo, imagina una política de Estado sobre la vida de las mujeres trabajadoras, el libro de D’Alessandro vuelve al pasado para interpelar los sueños redentores y mostrar sus reveses.

Un continuo como cinta de Moebius: el gesto de la empleada que sirve la leche con galletitas a los hijos de la maestra que está en el aula, y enseña a los hijos de la empleada que sirve la leche con galletitas a los hijos de la maestra que está en el aula...

Somos parte de ese anillo infinito de trabajos, horas y personas. ■

¿SERÁS LO QUE DEBÉS SER?

La formación de docentes se tuvo que reconfigurar por las dificultades inéditas que trajo la pandemia de covid-19. Esta encrucijada abre una serie de interrogantes acerca del futuro de la enseñanza. La urgencia, sin embargo, sirvió de acicate para imaginar nuevos modos de enseñar.

Anabella Rondina

Es Diseñadora Industrial de la Universidad de Buenos Aires y Especialista en Gestión Estratégica de Diseño (Universidad de Buenos Aires+Politécnico de Milán). Docente de la Carrera de Diseño Industrial en esta misma institución desde 1995, dirigió entre 2016 y 2018 esa carrera. En 2016 se incorpora a la Universidad Nacional de Hurlingham, donde arma el proyecto de la Licenciatura en Diseño Industrial, que actualmente dirige y de la cual es Profesora Titular Regular.

¿Q

ué querés ser cuando seas grande? ¿Cuántos caminos pueden conducirnos a lo que en definitiva seremos, o aquello en lo que trabajemos? ¿Trabajaremos en lo mismo toda nuestra vida? ¿Viviremos trabajando o el trabajo será una parte de nuestras vidas?

Nuestro futuro en torno al mundo del trabajo se moldea desde la infancia. Los juegos y juguetes, interfaces para recrear muchas veces el mundo adulto, vienen *seteados* para que las niñas se especialicen en la crianza y las tareas del hogar, mientras que a los niños se les abre una gama de oficios, para que se formen como astronautas o superhéroes que salvarán al mundo y a sus princesas.

Así crecimos: las nenas en rosa y los nenes en gamas de azul. Y cuando como adultos compramos juguetes para regalar, abonamos a este formato. Desde el instante en que entramos a una juguetería, nos preguntan si el regalo que buscamos es para un nene o una nena. Si la opción es “nene”, inmediatamente somos conducidos a la góndola de los juguetes de acción y construcción, autos, armas y superhéroes. Si la respuesta es “nena”, el destino son las góndolas repletas de productos rosa, con muñecas, planchas, cocinitas, escobitas y disfraces de princesa.



Así crecimos: las nenas en rosa y los nenes en gamas de azul. Y cuando como adultos compramos juguetes para regalar, abonamos a este formato. Desde el instante en que entramos a una juguetería, nos preguntan si el regalo que buscamos es para un nene o una nena.

Y así es que, desde niñas, nos enseñan o adoctrinan sobre qué esperar o aspirar a ser como mujeres en el mundo adulto, en el cual nos ocupamos de las tareas de la casa y de cuidados, en una proporción mucho mayor que los hombres. Según un estudio realizado por Ecofeminita, sobre la base de la encuesta permanente de hogares del INDEC, en el cuarto trimestre de 2021, el 70% de las tareas domésticas son realizadas por mujeres¹.

El mundo del trabajo (fuera del hogar) y el ser mujer también traen otro tema no menor: la crianza. Hace un tiempo, revisando currículums, me topé con el de una profesional que explicitaba que, en un determinado período de su historia laboral, la ausencia en su actividad se debía a que se encontraba maternando. Fue la primera vez que reflexioné sobre que debería ser lógico que podamos elegir materner, que esté incluido en nuestra vida profesional, sin que sea un perjuicio en nuestras carreras o se convierta en un prejuicio a la hora de elegirnos en un puesto de trabajo. Además, ¿cuántas veces como madres trabajadoras nos encontramos en la tensión de no sentirnos en el lugar correcto? Si estamos en casa cuidando un niño enfermo, sentimos culpa por no estar en el trabajo. Si estamos en el trabajo, sentimos culpa por dejar a nuestros hijos pequeños en casa, al cuidado de otra, que a su vez siente la misma culpa si es madre. Y así, siempre estamos en tensión, nunca sintiéndonos en el lugar correcto.

Cuando comenzamos las reuniones sobre Ciencia y Género en la Universidad Nacional de Hurlingham, me tocó participar como oradora en uno de los encuentros. Pensando sobre lo que iba a decir, dediqué un tiempo a reflexionar sobre mi historia y llegué a algunos hallazgos interesantes. Me di cuenta de que me había criado en una

casa feminista, con padre y madre compartiendo tareas del hogar, con una madre universitaria (primera generación) que había luchado por estudiar una carrera sin apoyo familiar ya que su destino (por su condición de mujer) era el de ser esposa, madre, a lo sumo maestra. Así fue que me criaron (en plural) una madre que trabajaba mucho en su profesión, elegida junto a un padre que coparticipaba de todas las tareas hogareñas, las cuales se repartían por igual. Aún recuerdo las mañanas en que era mi papá el que debía lidiar con una cabeza repleta de rulos enmarañados, enfrentando la difícil tarea de peinar a una pequeña de 4 años para ir al jardín porque mi madre se había ido más temprano a trabajar. También recuerdo que era él quien muchas veces me buscaba en el jardín de infantes y me llevaba a su trabajo, un laboratorio de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires, donde yo esperaba a que terminara su jornada laboral para ir a casa. Y en ese contexto, en esa espera en aulas de facultad, rodeada de pizarrones, tizas y mesadas de laboratorio, comenzó a forjarse mi futuro como profesional y docente universitaria.

El futuro del trabajo que mi mamá había logrado, fue a contracorriente, ya que no era “normal” para la época que una mujer estudie una carrera universitaria, menos una científica, y que lo hizo a pesar de no tener apoyo familiar y gracias a la universidad pública. No fue natural que mi papá estuviera codo a codo llevando a cabo las tareas domésticas y de crianza, no era así en las casas de la mayoría de mis amigos. Pero evidentemente las cosas comenzaban a cambiar por la fuerza de muchas otras como mi madre, seguramente también de mujeres de generaciones anteriores como la de mi abuela.

Y gracias a la lucha de mi madre por tener otro rol, no fue casual que yo tuviera la posibilidad de jugar no solo con muñecas, sino que pude hacerlo con juegos de construcción, armando máquinas, jugando con *rastis* y otro sin fin de juguetes que marcaron de alguna manera mi destino profesional. Y así como la historia de mi madre fue de lucha para ser universitaria, la mía fue de elección libre de una carrera universitaria no tradicional, Diseño Industrial, de la que se conocía poco y en la cual éramos muy pocas las mujeres que la escogíamos en 1990.

Así me inserté en el mundo del trabajo con una carrera universitaria elegida desde el deseo, en una disciplina en la cual se aprende haciendo, que permite transformar la realidad, a la cual cada vez se suman más mujeres (por primera vez en la Universidad Nacional de Hurlingham, más del 55% de los preinscriptos a la fecha para el ciclo 2023, son mujeres).

El mundo del trabajo que comencé a transitar en los noventa, es bastante distinto al actual. La participación de las mujeres en varias áreas comienza a ser habitual e impulsa incluso cambios en las estructuras edilicias.

1- Ecofeminita. (2022, Ecofeminita/EcoFemiData: informes ecofemidata. Zenodo. <http://doi.org/10.5281/zenodo.4540185>

Un montón de frases hechas asocian el trabajo al sacrificio: la plata se gana “con sacrificio”, “con el sudor de la frente”, y así dejás la vida haciendo probablemente algo que no te gusta, donde muchas veces te explotan, que pocas veces elegís.

Muchas veces, las fábricas no contemplan baños/vesuarios para mujeres en las áreas técnicas y de producción, porque no eran contratadas en estos sectores, sino en áreas administrativas.

Me interesa también reflexionar sobre otro aspecto asociado al trabajo y me hago las siguientes preguntas. ¿Para qué se trabaja? ¿En qué condiciones nos “ganamos” la vida? ¿Puede elegir en qué trabajar? Un montón de frases hechas asocian el trabajo al sacrificio: la plata se gana “con sacrificio”, “con el sudor de la frente”, y así dejás la vida haciendo probablemente algo que no te gusta, en el que muchas veces te explotan, que pocas veces elegís, además si sos mujer ganás menos, haciendo lo mismo que los hombres y tenés menos oportunidades de ascender.

Desde la definición misma de la palabra “trabajo”, no aparece nada asociado con el placer y el disfrute. Para la Real Academia Española, las siguientes son las definiciones de la palabra “trabajo”:

- 1.m. Acción y efecto de trabajar.
- 2.m. Ocupación retribuida.
- 3.m. Obra (cosa producida por un agente).
- 4.m. Cosa que es resultado de la actividad humana.
- 5.m. Operación de la máquina, pieza, herramienta o utensilio que se emplea para algún fin.
- 6.m. Esfuerzo humano aplicado a la producción de riqueza, en contraposición a *capital*.
- 7.m. Lugar donde se trabaja.
- 8.m. Dificultad, impedimento o perjuicio.
- 9.m. Penalidad, molestia, tormento o suceso infeliz.

De las nueve definiciones, ninguna habla de la realización personal, de pasarla bien, de disfrutar, o algo que mínimamente tenga que ver con el placer.

También la etimología de la palabra trabajo proviene de la derivación del verbo trabajar, registrándose en el latín vulgar *tripaliāre*, interpretado como ‘torturar’, teniendo la

raíz en el latín tardío *tripalium*, en referencia a un artilugio de tortura que usaban los antiguos romanos para castigar a los reos o condenados.

“La culpa y el deber”, un texto de Mariana Saavedra publicado en @sudestadarevista, trae a colación el tema de la salud mental:

Se puede ser muy buenx en lo que unx hace para ganarse la vida, se puede ser excelente pero no puede, no, no puede ser el laburo el eje de nuestra historia...me pregunto a diario cuántas cosas nos perdemos en nombre de la vocación y la responsabilidad. Mi salud mental me enseñó que perdí un montón”.

Y las estrofas de la canción *Canguro* del artista Valentín Oliva, alias “Wos” van por un camino similar:

No para de toser, trabajando doce horas Cobra dos monedas al mes, pa’ mantener cuatro personas Y no hables de meritocracia, me da gracia, no me jodas Que sin oportunidades esa mierda no funciona Y no, no hace falta gente que labure más Hace falta que con menos se puedan vivir en paz

El trabajo es muy importante, y si uno puede elegir de qué trabajar, es un privilegiado, es la situación ideal. Pero el trabajo debería ser una parte de nuestras vidas, no el todo. El aprendizaje del lado laboral de la vida debería incorporar que se pueda disfrutar de otras cosas también, no de vivir para trabajar. Que nos permita incorporar cambios, porque cada vez vivimos más años, los cambios del contexto son muy vertiginosos y vamos a necesitar reinventarnos, si lo necesitamos o deseamos. Creo que las generaciones más jóvenes tienen esto más claro, que el disfrute es una parte importante de la vida. El avance de la tecnología, la Industria 4.0 (que permite entre otras cosas mejorar la productividad y eficiencia en el uso de recursos) debería no dejar gente fuera del sistema, sino liberar tiempo de nuestra vida para otras cosas que son importantes, ¡muy importantes!

Mientras termino estas palabras, mi madre me lee un texto que se llama “Una historia para pensar” y que habla del “después”. Hoy, a sus 87 años, sigue trabajando como farmacéutica y si bien lleva el deber ser a cuestras, me comparte un escrito que no recuerda de dónde sacó pero que atesora en su computadora. El texto plantea que siempre decimos “después” a la felicidad y nos olvidamos de disfrutar el “mientras”, el “ahora”. Tal vez suene a frase de autoayuda, pero siento que necesitamos empezar a disfrutar del proceso, del trabajo que tenemos, de la vida que llevamos. El disfrute debería estar incorporado tanto como el deber ser del trabajo, porque nuestras vidas están demasiado llenas de fuegos y despueses. ■

LA GENERACIÓN DEL PLURI EMPLEO

Un retrato colectivo de los jóvenes que entran a un mundo laboral fluctuante, donde ya no existe el concepto del “trabajo para toda la vida” y los empleos se van combinando, pacientemente, como las piezas de un rompecabezas.

Leila Torres

Nació en Buenos Aires en 1996. Es librera en Feria del Libro El Aleph y está finalizando la Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires.

En Argentina, al igual que en el resto de los países de América Latina y el Caribe, la diversificación de los rubros y las diferentes modalidades de empleo se vuelven moneda corriente en un mercado laboral fluctuante en el que la posibilidad de ingreso se vuelve un gran desafío. El trabajo —a diferencia de generaciones anteriores— ya no se concibe para toda la vida y se naturalizan empleos rotativos en un contexto de altas tasas de desocupación, en las que las consignas de “sé tu propio jefe/jefa” cada vez cobran mayor protagonismo, escondiendo condiciones de desprotección laboral.

¿Qué obstáculos enfrentan los y las jóvenes a la hora de ingresar al mercado laboral por primera vez? Para Daniel Giorgetti, profesor en Historia del Movimiento Obrero de la carrera de Relaciones del Trabajo en la Universidad de Buenos Aires (UBA), es importante primero aclarar “de qué hablamos cuando hablamos de juventud”. “Para caracterizarla como actor colectivo hay muchas variables como la situación de clase, el lugar donde vive, el acceso a servicios, el origen étnico. Hoy se habla de juventudes en la mayoría de los trabajos académicos, porque el simple recorte etario es insuficiente para caracterizarla”, explica Giorgetti.



El trabajo —a diferencia de generaciones anteriores— ya no se concibe para toda la vida y se naturalizan empleos rotativos en un contexto de altas tasas de desocupación.

Con esta observación presente, el Doctor en Ciencias Sociales e investigador en el CONICET, Rodrigo Reynaldo Carmona, plantea que “los principales desafíos que enfrentan los jóvenes se manifiestan principalmente en la cantidad de puestos de trabajo disponibles para su inserción, como en la calidad de los empleos a los que acceden”. A ello se agregan requerimientos técnicos y de formación cada vez más estrictos en un marco en el que muchos jóvenes no trabajan ni estudian —los denominados “nini”—. Por lo tanto, “el reto es cada vez mayor”, explica Carmona.

El investigador observa que “estas tendencias se acentúan en términos de género, con lo cual los índices de desocupación en mujeres jóvenes son mayores a los de los jóvenes varones”.

La Doctora en Ciencias Sociales y socióloga Mariana Adamini plantea que, en términos generales, existe una situación diferencial respecto a los y las adultas porque la juventud “no cuenta con la experiencia y el desarrollo de las calificaciones y competencias que son demandadas en el mercado de trabajo”.

“La mayor precariedad —que significa, entre otros factores, condiciones de trabajo en negro y salarios menores— tiene como consecuencia una mayor inactividad por parte del sector juvenil. Esta mayor inactividad a veces se da por desaliento, ante las dificultades para ingresar al mercado de trabajo”, puntualiza Adamini.

Además, se añade otra variable: la situación del aprovechamiento por parte de los empleadores que se refleja con mayor claridad en situaciones de crisis. “Los jóvenes son la principal variable de ajuste en las crisis económicas, por ser empleados que cuentan con menor actividad: acceden a puestos laborales más precarios, entonces son quienes salen del mercado de trabajo”, asegura la Doctora en Ciencias Sociales.

Por otro lado, “no es lo mismo pensar en el ingreso al mundo del trabajo de jóvenes de sectores populares que jóvenes de clase media”, advierte Adamini. De esta manera, un joven de clase media puede ingresar al mercado laboral a partir de referencias familiares o de contactos en un ambiente compatible con el desarrollo de una carrera universitaria, por la flexibilidad de tiempos que le dan. “Muchas veces ese joven no vive del trabajo sino que es una ayuda en su proceso de emancipación adulta”, explica Adamini.

Sin embargo, “los jóvenes que provienen de sectores populares tienen que salir al mercado de trabajo, abandonar los estudios y eso los expone a una situación de empleos menos calificados, menos remunerados, con peores condiciones de trabajo, en los que muchas veces también los propios contactos los conducen a empleos de una carga laboral extendida”, plantea Adamini. Esta experiencia, celebra esta investigadora, no resulta siempre determinante.



“Al contrario, se ven experiencias constantes de transformación de las propias condiciones de partida y es justamente eso la celebración del carácter vivo de nuestra vida social y del carácter político y transformador que tienen las políticas públicas de promover la terminalidad educativa o la inserción laboral que compensen estas desigualdades de origen en la carrera laboral”, afirma.

Las diferentes dinámicas que aparecen en la juventud con respecto a los adultos también se plasman en las maneras de concebir el trabajo. “Los sentidos sociales, como percibimos el mundo no son hechos personales, a pesar de que lo consideremos así”, cuestiona Adamini. Así, el mundo del trabajo en el que se encuentra la juventud es muy distinto al de sus padres y abuelos. “Antes había una mayor incidencia del empleo clásico (el industrial), a tiempo completo. No es que no existiera el empleo informal, eso es una constancia histórica, pero esa incidencia de mayor protección social, de menor empleo en negro, generaban también una percepción del trabajo diferente a la que es hoy en día”, analiza la investigadora.

“Hoy nos encontramos con situaciones de empleo volátil. Tuvimos dos picos de desempleo, en la pandemia y durante el gobierno de Mauricio Macri. Esta situación de mantención de la precarización laboral —que comienza a avanzar desde los años noventa en el marco de la flexibilización laboral, legitimada por leyes— continúa, pese a las mejoras en las estadísticas laborales que hubo entre el 2003 y 2010”, establece Adamini. De esta manera, los jóvenes piensan el trabajo en función al contexto que atraviesan, y lo entienden ya no como un empleo a tiempo completo que permita proyectarse a futuro o donde impulsar una carrera. Las experiencias que imperan, según la socióloga, son de “una amplia rotación laboral, no solo por la propia voluntad sino por el propio dinamismo del mercado del trabajo y la volatilidad del propio sector empleador”. “Se piensa en atravesar distintas experiencias laborales y también ese empleo exige una actualización constante en función al cambio del mundo del trabajo”, observa. Por otro lado, las consignas de “sé tu propio jefe” —que cada vez tienen más peso en el marco de las facilidades que traen las plataformas y redes sociales— sitúan al joven trabajador como “artífice de su propia situación de empleo”.

Para Giorgetti, “el discurso del emprendedor solitario, o de la emprendedora solitaria, tiene el aspecto positivo de animar a que chicas y chicos se formen, se esfuerzen y se organicen para conseguir objetivos”, pero a su vez, “deja de lado las estructuras sociales y las condiciones económicas que influyen, y en algunos casos, determinan su evolución”. Además, concluye el profesor, “ignora la necesidad de políticas públicas que den recursos educativos y atiendan necesidades básicas para que la mayoría de las y los jóvenes puedan plantearse un futuro”.

“Los jóvenes que provienen de sectores populares tienen que salir al mercado de trabajo, abandonar los estudios y eso los expone a una situación de empleos menos calificados, menos remunerados, con peores condiciones de trabajo”, plantea la socióloga Mariana Adamini.



TESTIMONIOS

Hablamos con cinco jóvenes de distintas disciplinas y orígenes que nos contaron su recorrido laboral, todavía reciente, pero ya profuso en cambios, trabajos simultáneos o de vida breve. Mientras hacen sus primeras armas en un mercado en crisis, buscan acercarse, a través de las universidades, a un objetivo muy claro: trabajar de aquello que estudiaron. Les preguntamos acerca de su primer trabajo, cómo equilibran estudio y trabajo, a qué se dedican sus padres y cómo se ven en el futuro. Una ventana abierta al día a día de una generación que está en pleno proceso de crecimiento.

Sol Lázaro

Estudiante del Profesorado universitario de Letras UNAHUR.

Sol es acompañante terapéutico de un señor y también hace tratamientos capilares estéticos, pero en menor medida por una cuestión de tiempos. Congeniar dos trabajos y el profesorado no es tarea fácil. “Equilibrio no tengo, pero logro organizar los tiempos entre la universidad, el trabajo fuera de casa y dentro de ella con una agenda y mucha rigidez”, dice entre risas.

“Este mes comienzo como ‘estudiante asistente en Universidad Nacional de Hurlingham’, cuenta Lázaro y destaca que su decisión de tener muchos empleos no fue premeditada, sino que surgió por necesidad: “Soy mamá autónoma, entonces el único ingreso para el alquiler, la comida, la ropa, etc. sale solo de mí. No queda otra que buscar otras fuentes de ingresos cuando no alcanza”.

Sus padres no trabajaron en tantos rubros ni sostuvieron varios empleos en un mismo momento. Su mamá fue empleada en una estación de servicio desde los 18 hasta los 24 años, y después fue ama de casa. “Ese empleo no remunerado que nos toca a veces”, cuenta reflexiva. El primer trabajo de su papá “fue en una remisería”, y luego se mantuvo en rubros relacionados con el transporte.

Sol señala que los obstáculos al ingresar al mercado laboral fueron “el adultocentrismo” y que las ofertas “buscaban personas de 18 a 21 años con cinco años de experiencia”. “Es un poco descabellado”, observa.

Aunque no se imagina trabajando para toda la vida en los puestos en los que se desempeña actualmente, ser estudiante asistente la acerca a lo que quiere. “Me quiero dedicar a enseñar”, concluye. ■

Carla Di Palma

Estudiante del Profesorado universitario de Letras UNAHUR

Carla se encuentra a tres materias de finalizar la Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de Hurlingham, y hace cuatro años que trabaja en escuelas secundarias de este municipio. “Hasta que no fui madre no decidí terminar el secundario. Cuando me recibí, y habiéndome separado, me puse a trabajar con mi viejo. Al año siguiente, abrió Universidad Nacional de Hurlingham y lo primero que hice fue anotarme, así que soy parte de la primera camada”, relata Carla.

“Trabajé en el plan FinEs (el programa de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios) y acabo de terminar mi segunda asistencia en la materia “Pedagogía I” como parte de un rol nuevo que surgió en esta universidad hace cuatro años”, cuenta Carla. “Se llama ‘alumnos asistentes’ a aquellos ayudantes de prácticas que estén orientados a acompañar a estudiantes de primer año”, explica Carla. Además, es becaria CIN por el Consejo Universitario Nacional a partir de una beca estímulo a la vocación científica y se desempeña como investigadora en un grupo con la doctora Cecilia Perczyk. “Aparte de todo eso, trabajo dando clases particulares en algunos tiempos libres que tengo y doy talleres de escritura creativa, de manera informal, con una amiga que se llama Virginia Tello”, cuenta.

Como parte de su trabajo cotidiano, Carla también es poeta y música. “Cada tanto me junto a ensayar y realizo shows. Esto se dio con más dificultad el último tiempo, porque estoy terminando la facultad, pero es algo que hago hace muchos años también”, precisa. ■

Ramiro Núñez

Licenciado en Comunicación Social
UNQUI.

Ramiro es Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Quilmes y, actualmente, trabaja en el rubro de la gastronomía como pizzero en un restaurante en España. Antes, se desempeñó en distintos rubros: gastronomía, comercio, transporte, turismo, informática y consultora de ingeniería industrial. “Pero en principio me dediqué a la cocina”, cuenta Ramiro.

Los desafíos que encontró al ingresar al mercado laboral en el extranjero, una vez que emigró, dice Ramiro, “fueron dados por el contexto”. “Busqué trabajo en el verano de Europa, de 2020, posterior a la cuarentena. Había muchos rubros, como el gastronómico, que se habían visto muy golpeados por los cierres y conseguir me costó”, recuerda, y agrega con cierto pesar: “Fueron épocas de mucha desestabilización”.

Otra de las dificultades fue el idioma: “Vivía en una ciudad puramente catalana donde para trabajar, en casi todos los lugares, te pedían catalán. Lo entendía pero hablarlo me costaba”, explica.

“Mi principal responsabilidad siempre fue la universidad. He rechazado ofertas porque coincidían con los horarios de cursada y, aunque no me sobraba nada de dinero, siempre priorice los estudios”, cuenta Ramiro sobre cómo combinó su trayectoria universitaria con los distintos empleos.

Hasta el momento, no pudo ejercer algún trabajo relacionado a su título pero aún persigue ese objetivo. “Nunca descarté seguir estudiando, ya sea un máster, posgrado o doctorado, para complementar los estudios, y así tener más y mejores oportunidades laborales”, dice. ■

Déborah Hedges

Docente del Profesorado universitario de Letras
UNAHUR

Déborah Hedges da clases, tanto en escuelas secundarias y universidades como en espacios no formales. Su primer trabajo fue de moza en un salón de fiestas infantiles, junto a otros compañeros de su curso.

De sus primeros acercamientos al mercado laboral recuerda que “en internet había muchas páginas de empleo pero nadie te explicaba bien cómo funcionaban”. Además, cuenta que “no tenía casi ninguna experiencia para poner en el CV y eso hacía que todo se volviera más difícil”. “Así que empecé a hacer cosas que veía que otra gente hacía en la facultad, como desgrabar clases, entrevistas o conferencias de personas que investigaban en la facu”, relata.

Para Déborah “es casi imposible en el rubro docente tener un solo trabajo”. Entonces, decidió “trabajar como secretaria y como docente con monotributo en una facultad y en blanco en la Provincia de Buenos Aires, hasta que finalmente dio el salto”, según cuenta, para trabajar sólo enseñando y obtener otros ingresos de clases particulares y talleres.

La docente cuenta que siente ansiedad y estrés todo el tiempo. “Tengo muchas personas a quienes reportarle mi trabajo”, dice. “Por un lado, los requerimientos de los estudiantes pero también, en cada institución en la que trabajo, hay una autoridad a la que respondo”, explica.

“Lo mismo sucede con el tema de los cobros. Es estresante tener que trabajar, además de dando clases, gestionando todos los trabajos y sus contabilidades”, concluye. ■

Nahuel José Nicolás Weimer

Docente de inglés en educación secundaria

Nahuel es docente de Inglés en escuelas secundarias y trabaja en la Universidad Nacional de Hurlingham como investigador de grado becado. “Hasta la última cursada de verano, fui ‘estudiante asistente’ y mantenía estos tres ejes laborales”, cuenta Nahuel.

Él considera que “hay una tendencia social de resumir el trabajo docente a impartir clases, pero hay mucho también que lo rodea: son reuniones, debates, revisión bibliográfica, armado de actividades, planificaciones anuales o semanales, armado de evaluaciones, corregir”.

Además, implica “estar en constante desarrollo y capacitación” para “poder armar un lazo entre estudiantes y el o la docente, como parte de una construcción colectiva”, afirma.

En la investigación, Nahuel lleva adelante cursos, seminarios, conferencias y lecturas y también realiza entrevistas, desgraba y escribe documentos relacionados con el proyecto.

Pese a la gran cantidad de tareas, cree que ha encontrado “un buen balance entre ambos ejes, la docencia y la investigación”.

Sus primeros acercamientos a lo laboral se remontan a su adolescencia. “Íbamos a Once con una amiga a comprar ropa interior y bijouterie, y la vendíamos en la escuela para, de a poco, tener nuestros pesos”, recuerda.

“Es algo muy peculiar. La generación de nuestros padres tenía que salir a trabajar para ayudar a sus familias y llevar un plato de comida a la mesa, y nosotros salimos a trabajar o a changuear, de alguna manera, para poder comprarnos lo que quisiéramos”, reflexiona Nahuel. ■

EL MUNDO DE LAS TRABAJADORAS SEGÚN LA LITERATURA ARGENTINA

La literatura puede funcionar como una caja de resonancia donde se refractan los conflictos y los hitos de una sociedad. Alfonsina Storni, en crónicas y poemas, indagó en las acuciantes condiciones laborales a las que estaban sometidas las mujeres en la primera mitad del siglo XX. Su mirada, aguda y de largo alcance, sirvió de inspiración para textos contemporáneos que siguen cuestionando el estado de las cosas.

Alejandra Laera

Es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, Investigadora Independiente CONICET y Profesora Adjunta de Literatura Argentina I en la Universidad de Buenos Aires. Ha sido profesora visitante en universidades de su país y del exterior (Stanford U, Wesleyan U, Universidad Nacional de Rosario, Pontificia Universidad Católica-Río. Publicó, entre otros libros, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres y Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*.

“Yo tengo una mano que sabe trabajar”

Coquetas, vestidas a la moda, rubias oxigenadas, con look de estrellas de cine, seductoras, soñadoras, casaderas, “muy monas”... Así son las mujeres que retrata Alfonsina Storni en una serie de notas publicadas en su columna “Bocetos femeninos” para el suplemento dominical del leídísimo diario *La Nación* a lo largo del año 1920, y que conviven con otras dedicadas a los derechos de la mujer, las modas, las nuevas costumbres, la relación con los hombres, los hábitos culturales. Alfonsina las ve en la calle, en el tranvía, en las plazas, las imagina en sus espacios de trabajo, después de hora, en sus casas, e incluso en el futuro: son la manicura, la dactilógrafa, la costurera a domicilio, la acuarelista, la normalista, la médica, la novelista .



Su registro es agudo: capta en esas mujeres jóvenes un nuevo modo de vivir y de ocupar el espacio público, y también un cambio social que tiene lugar en esos años en particular, con una Argentina confiada en la movilidad social que conformaría las crecientes y características capas medias urbanas.

Dentro de ese cambio, el acceso de las mujeres al trabajo resultó fundamental: mayor libertad de movimientos, potencial independencia económica, nuevas atribuciones en ese desigual reparto de los géneros que las hacía reclamar no solo derechos civiles sino derechos políticos, que serían postergados hasta los años 50 cuando ejercerían por primera vez el poder de voto.

Alfonsina sabía de qué hablaba. Ella misma había sido dependiente en la fonda familiar, actriz itinerante, aprendiz en una fábrica de gorras, empleada en una casa comercial, así como sería poeta, maestra y declamadora. Y así como era, mientras publicaba sus notas sobre los nuevos oficios y profesiones para las mujeres, una trabajadora de la prensa periódica. Ya en su primer libro de poemas, *La inquietud del rosal*, que publicó en 1916 con apenas más de veinte años, incluyó una potente autofiguración como trabajadora entre los desafiantes versos de “La loba”, que recitarían las jóvenes durante varias generaciones:

Yo soy como la loba. Ando sola y me río
Del rebaño. El sustento me lo gano y es mío
Donde quiera que sea, que yo tengo una mano
Que sabe trabajar y un cerebro que es sano.

Un año antes, también, había inaugurado su columna “Feminidades”, en la revista *La Nota*, refiriéndose, entre otros temas, a un grupo típicamente femenino de trabajadoras: las telefonistas; pero lo había hecho, además, mencionando su derecho como tales porque “estas pobres muchachas ganan una miseria y tienen un trabajo antipático”: ¡la huelga!, la misma huelga que está transcurriendo por esos días y sobre la que se está informando en la prensa. Y ya en otra entrega de esa misma columna había declarado que para la mujer el trabajo era la única garantía de independencia e incluso la posibilidad de la liberación: “Hay que dar a la mujer toda la libertad económica posible facilitándole el acceso a todo trabajo lícito para liberarla de la mala vida”.

Cuando al año siguiente escribe la columna para *La Nación*, entonces, no es tan raro el interés por ese grupo de mujeres identificadas con trabajos diversos y emergentes, que se venían distinguiendo de ciertos empleos tradicionales (en el servicio doméstico, en la lavandería, en las fábricas de cigarrillos) y también de aquellos trabajos que, desde el último cuarto del siglo XIX, habían empezado a organizar gremialmente a sus integrantes (tal como

aparece en notas e imágenes de la prensa: ya sea en ocasión de la llamada “huelga grande” de 1896, en las que se habla de las casi mil obreras de la fábrica de Alpargatas o en las que se las ve en la fotografía de la Comisión Directiva de Sastres y Modistas en Huelga, ya sea en las noticias de la represión de la Semana Trágica que había tenido lugar en 1918). Lo que Alfonsina elige para contarles a los lectores, presumiblemente lectoras, es lo más nuevo, tanto lo que se ve como lo que no se llega a ver. Puede tratarse de la costurera, que toma distancia de su padre y sus hermanos afiliados al socialismo y se deja perder por una corbata de oficinista o de estudiante (como un par de años antes lo puso en verso Evaristo Carriego en el famosísimo “La costurera que dio aquel mal paso”, de 1914). O puede ser la normalista, que hace largas colas para conseguir un puesto y a la salida de clases pasea con sus amigas compartiendo sus penas de amor (como si ilustrara el drama de *La maestra normal*, la exitosa novela que en 1914 publicó Manuel Gálvez). El feminismo, los feminismos, que estaban entonces disputando libertades y derechos, se apoyan, para Alfonsina, sobre todo, en la independencia económica que da el trabajo, a través del cual la mujer encuentra una vía para igualarse social e intelectualmente con el varón (tal como más de un década después lo presentaría Arlt en una de sus “Aguafuertes Porteñas” de 1937: “¿Existe la felicidad para la mujer que trabaja?”). De allí que, mientras destaca la “libertad moral” única que les da a las médicas su profesión, Alfonsina critique burlescamente a aquellas muchachas atractivas, como las dactilógrafas, que encuentran en su empleo sólo un pretexto para conseguir un marido o un amante.

¿Cómo no destacar la rápida percepción de Alfonsina Storni para captar, apenas empezada la década del veinte, el modo en que los oficios emergentes para las mujeres, mientras amplían su libertad en el aspecto y el movimiento, se debaten con aspiraciones tradicionales como el matrimonio? ¿Y cómo no llamar la atención sobre el desafío de hacerlo sin ninguna complacencia femenina, sino a través de la mordacidad y la ironía? La década del treinta asistió, junto la caída de las expectativas de movilidad social y la crisis político-económica de lo que se conoció como década infame, a una proliferación de representaciones y figuras literarias alrededor del problema del trabajo, entregadas en sedes artísticas diversas. Bastan tres ejemplos para reconocer la magnitud de estas resonancias antes de que personajes y espacios del trabajo pasen a integrarse naturalmente al ámbito de las letras y las artes. En 1933 la escritora y militante comunista María Luisa Carnelli publicó *¡Quiero trabajo!*, novela en la que plantea el dilema entre aceptar un matrimonio malavenido, independizarse a través del trabajo o entregarse a la prostitución.

Dos años después, el artista Antonio Berni, también vinculado al comunismo, presentó *Manifestación*, una de sus obras más conocidas, en la que aparece una multitud de manifestantes, incluidas varias mujeres, con el lema “pan y trabajo”. Y en 1938, ya no en tono denunciante sino en el de la comedia, se estrenó *Mujeres que trabajan*, la película de Manuel Romero en la que debutaba la gran Niní Marshall como Catita, su personaje más popular. Las nuevas trabajadoras y las de siempre, entre el denunciante y el estereotipo, ya formaban parte del imaginario de la cultura literaria y visual.

Con las transformaciones sin retorno alrededor de las condiciones del trabajo y los cuerpos de los trabajadores que en la Argentina impactaron hacia finales del siglo pasado, con el advenimiento del *posfordismo* y la precarización de la mano neoliberal, nuevas representaciones y figuraciones emergerían como protagonistas de la literatura.

Ellas trabajan

¿Cómo no encontrar una relación entre las chicas de *Alta rotación*, la crónica que publicó en 2009 Laura Meradi, después de muchos meses de investigación en el mundo precarizado del trabajo contemporáneo, y las protagonistas de *Boca de lobo* y de *El trabajo*, las novelas de Sergio Chejfec y de Aníbal Jarkowski que se conocieron, respectivamente, en el 2000 y el 2007? ¿Cómo no encontrar, en el marco de la crisis de 2001 en la Argentina, una relación entre el documentalismo de la crónica y dos historias ficcionales que transcurren en un tiempo y un espacio solo lejanamente reconocibles como Buenos Aires y un conurbano fabril?

Durante aproximadamente un año, Meradi ocupó de incógnito diferentes puestos de trabajo con el fin de recabar para la escritura, y así nos reveló un mundo laboral femenino que poco conocíamos por dentro: el mundo de las cajeras de supermercado, las telefonistas del *call center*, las mozas de un bar de Recoleta, las empleadas de una cadena de comidas rápidas, todas jóvenes precarizadas entre las cuales ella misma se siente tal, en su empleo como cronista por encargo. Por su parte, está la joven obrera de la novela de Chejfec explicándole al narrador y protagonista la rutina en la fábrica, el funcionamiento de las máquinas, la lógica comunitaria, que él solo puede conocer a través del vínculo amoroso que tiene con ella; y también la joven secretaria de la novela de Jarkowski, que arma pequeñas escenas eróticas ante sus jefes para mantener su precario empleo en la empresa, primero, y después en el modesto escenario del *burlisque*.



Tanto en *Boca de lobo* como en *El trabajo*, los narradores, también protagonistas masculinos de las novelas, se regodean ante el cuerpo de las trabajadoras, pero en esa mirada que de algún modo las subsume y enajena como el trabajo mismo, los hombres se condenan.

¿Acaso el único espacio de representación o figuración de ese trabajo femenino es el exceso de identificación de la cronista Laura Meradi que produce ficción al hacerse pasar como cajera o moza de bar, cuando en verdad es escritora? ¿De qué modo representar, en el sentido más amplio, a las trabajadoras en la literatura? ¿Es eso posible, como provocativamente lo hizo Alfonsina Storni en sus crónicas en los años de veinte? Ese es el desafío: mostrar mundos y cuerpos femeninos del trabajo, sin que solo nos entretengan o informen, para que también, al leer, nos preguntemos por las condiciones generales del trabajo, por nuestra propia condición como trabajadoras y trabajadores. ¡A disfrutar con ellas en los libros y a luchar por ellas en la vida! ■

UN ESFUERZO INÚTIL

Este texto es parte de *El libro de las diatribas* (Editorial Vinilo), en el que once escritores escriben en contra de algo. Acá, Osvaldo Baigorria, narrador y ensayista, dispara con humor y argumentos incisivos contra el trabajo.

Osvaldo Baigorria

Es escritor, periodista y docente. Publicó *Llévatela, amigo, por el bien de los tres*, *En Pampa y la vía*, *Georges Bataille y el erotismo*, *Correrías de un infiel*, *Un barroco de trinchera*. *Cartas a Baigorria de Néstor Perlongher*, *Anarquismo trashumante*, *Sobre Sánchez, Cerdos & Porteños*, *Poesía estatal*, *Indiada y Postales de la contracultura*, entre otros libros.

Que me pidan escribir una diatriba contra el trabajo es parecido a que me inciten a militar contra la militancia o activar por la inacción, puño en alto, exclamando “¡Viva el ocio!”: un despropósito. Habría que armar un discurso con invectivas, críticas y argumentos que fundamentaran el género diatriba en este caso. Pensarlo no sería el problema, lo he pensado a lo largo de toda mi vida. Nací en familia de clase obrera, sé de lo que hablo: siempre tuve que ganarme el pan con el sudor de mi frente. Por eso creo que es cosa de seres humanos el pensar y cosa de máquinas el trabajar. Sentarme a un escritorio a inclinar mi espalda sobre un teclado y tipear letra tras letra, palabra tras palabra, para escribir un ataque al trabajo, me parece una tarea odiosa e inútil: no hay correspondencia entre los medios y los fines. El trabajo triunfaría en toda la línea si hay que ponerse a trabajar para criticarlo.



La era de las revoluciones en el siglo XIX y XX habilitó a pensar que el derecho al ocio debería ser extensible a todo el mundo. La innovación tecnológica sustentó este sueño verdaderamente libertario.

En primer lugar, el trabajo en todo emprendimiento humano busca siempre el más bajo nivel jerárquico. Esta ley de Murphy ya la conocían los antiguos griegos y romanos, para quienes el trabajo era inferior a la vida intelectual, esa que solo era posible en el tiempo del llamado *otium*. El ocio era opuesto al negocio. El ocio era contemplación, escuela, conocimiento de sí y del mundo. Para crear, se necesita estar ocioso. Claro que aquel ocio clásico era efecto de una libertad que requería la esclavitud de otros que realizaran las “artes serviles”, o sea, precisaba que hubiera clases sociales. Los más desposeídos siempre se preguntaron: ¿se puede vivir sin trabajar? O con atenuantes: si no se puede dejar de trabajar, ¿cómo hacer para trabajar menos?

La era de las revoluciones en el siglo XIX y XX habilitó a pensar que el derecho al ocio debería ser extensible a todo el mundo. La innovación tecnológica sustentó este sueño verdaderamente libertario, ya que empezaron a crearse condiciones para que la alta productividad y la automatización pudiesen liberar a la humanidad de las tareas más rutinarias o pesadas y así reducir gradualmente la cantidad de horas de trabajo requerido para la supervivencia. Sin embargo, para la realización de esta utopía se precisaba lidiar con un pequeño detalle: había que expropiar a los grandes capitales, socializar los medios de producción y redistribuir la riqueza para que los beneficios de la tecnología pudiesen ser disfrutados por todo el mundo. Ocurrió precisamente lo contrario: los avances técnicos han producido más desigualdad y más trabajo basura.

Los ejemplos están a la vista: hoy, internet, la robótica y el imperio de las telecomunicaciones permiten que empresas privadas y estatales reduzcan personal y despidan gente que ha trabajado toda su vida, condenándola a retiros anticipados y a jubilaciones de miseria. En vez de tener una persona atendiendo una ventanilla, hay un robot que por whatsapp te indica qué foto hay que mandar para hacer un trámite, un estudio médico u obtener ayuda incluso en emergencias.

Y las personas despedidas no gozarán de la renta suficiente para dejar de trabajar, sino que tendrán que arreglárselas como puedan. En un mundo más justo, las empresas deberían asumir el costo de ahorrar personal gracias a las innovaciones técnicas, garantizando a todo el mundo una renta universal suficiente para vivir. Pero en este sistema automatizado, en el que la digitalización y los dispositivos de comunicación móvil en red producen una compresión constante del espacio-tiempo, fragmentándolo en infinitos objetos de distracción y consumo que nos dan una ilusión de libertad y una vida de esclavos, malvivimos ocupados y auto explotados las 24 horas del día.

En segundo lugar, el trabajo es adictivo. Alguien objetará que es necesario para organizar la existencia cotidiana y alejar los fantasmas de la angustia, el sinsentido de la vida e incluso las adicciones. Qué paradoja cruel que para evitar esos fantasmas haya que trabajar: ¿qué, el animal humano no puede estarse quieto, tranquilo, sereno, en el transcurso de su día a día si no trabaja? Esto habla más de nuestras limitaciones que de las bondades del trabajo. Que el precio a pagar para encontrar algún sentido sea el desgaste corporal que, tarde o temprano, provoca el trabajo es ya una señal de que algo anda mal en nuestra relación con la vida. El trabajo no solo ocasiona múltiples patologías psicosomáticas, enfermedades cardiovasculares y hasta cáncer —si incluimos los innumerables contaminantes con los que las industrias agreden a sus empleados y vecinos por prepotencia de trabajo— sino que también suele ser causal de estrés, divorcios, separación entre padres e hijos y de una erosión constante de sólidos valores espirituales como el *dolce far niente*, la meditación y la contemplación: esto los trabajajólicos bien lo saben. Y la compulsiva adicción al trabajo no es menos dañina que las otras, porque te engancha al consumo —otra droga peligrosa— que te consume y de paso consume recursos naturales. Una diatriba contra el trabajo ya no puede menos que abarcar una crítica al consumismo; escribo el sufijo “ismo” para distinguir esta obsesión ideológica de las que serían formas de consumo necesarias e incluso imprescindibles, como el alimento, el refugio, las indumentarias para protección y abrigo.

En tercer lugar, el daño al medio ambiente que ocasiona el trabajo es indiscutible: saquea a la naturaleza y provoca cambios climáticos. ¿Todo trabajo? No, claro: lo que pueda hacer el personal médico, los bomberos voluntarios, la gente involucrada en emergencias o en tareas de cultivo de la tierra y cuidado de quienes sufren, constituyen un tipo de trabajo necesario y hasta deseable. Más aún en medio de las catástrofes que producen los excesos de trabajo en todo el planeta. Se dirá que esto último no es culpa del trabajo sino de la ambición y de la codicia; bueno, van de la mano.



No es precisamente la ayuda a quienes sufren aquello que motiva a empresarios y funcionarios a rociar los sembradíos con pesticidas e iniciar exploraciones marítimas o subterráneas para extraer combustibles fósiles, después de lavar el cerebro vía medios de comunicación a masas necesitadas y desinformadas para que acompañen con sus cuerpos esos desatinos. Ahí el trabajo es fuente de los peores accidentes laborales y de enormes desequilibrios sociales y ecológicos. Sin mencionar que es la cuna de todas las guerras. Las guerras dan muchísimo trabajo, producen armamentos, operativos costosos, desplazamiento de gente y materiales, todo en aras de la destrucción y la muerte (y después algunas empresas también ganarán dinero poniendo a trabajar mano de obra en la reconstrucción de países enteros).

Por último, ¿hace falta un discurso contra el trabajo en un libro que para ser publicado utilizará una determinada cantidad de pulpa de papel, árboles, suelo, etc.? Aunque comparado a lo que emplea la gran industria en publicar una inmensa cantidad de otros libros inútiles que idiotizan y confunden a la gente, además de todo tipo de publicidad e información inservible, el daño a la Tierra y a la vida social que pueda ocasionar este libro sería mínimo e irrelevante. Es cierto que este también será un objeto de consumo que alguien tendrá que producir, distribuir y vender, mientras otra gente tendrá que pagar por el producto, ocupar tiempo en leerlo, comentarlo, y así de seguido, participando del mismo sistema que critica. Pero insisto en que el consumo no es malo en sí mismo, solo su abuso, y siempre será preferible consumir algo que a uno lo disuada de seguir consumiendo que cualquier otra cosa que estimule la adicción.

Ahora bien: ¿quedan eximidas la literatura y las artes de este anatema? Depende: cuando el arte da mucho trabajo, tiende a dejar de ser arte.

En un mundo más justo, las empresas deberían asumir el costo de ahorrar personal gracias a las innovaciones técnicas, garantizando a todo el mundo una renta universal suficiente para vivir.

Quizá pueda llegar a ser un bien de mercado. El hecho de que los modelos económicos dominantes, desde el capitalismo transnacional al capitalismo de Estado, no puedan siquiera imaginar un sistema que no se base en la incesante producción, compra y venta de mercancías para mantener ocupada a la creciente población del planeta, revela una inquietante limitación o falla en la inteligencia terrícola. En el futuro, puede que alguna especie con capacidad de razonamiento dilucide y explique qué llevó a la humanidad a ocupar, manipular, comprar, vender y destruir el suelo, el agua y el aire de la Tierra de este modo y de paso, destruirse a sí misma. Para entonces, las preguntas que hoy nos hacemos sobre ocio, trabajo y supervivencia ya no serán las mismas. No sé cuáles serán ni si habrá alguien ahí para hacerle preguntas.

Mientras tanto, escribo esto poniéndome a mí mismo la zanahoria de dar vueltas en torno al objeto “diatriba” pero si me preguntan de veras, si tuviera la opción, preferiría no sentarme a escribir sino ir a nadar, fumar, escuchar música o caminar. Casi preferiría que alguien escribiese una diatriba por mí; podría hasta ponerle mi firma. Tendría que ser una con la que yo estuviese plenamente de acuerdo, por supuesto, aunque también podría acomodarme a algún desacuerdo en función de preservar mi tiempo de ocio. Recomendaría a quien quisiera escribirla que jamás lo considere un trabajo, porque aquello que no se hace por dinero paradójicamente deja de sentirse como trabajo y tiene altas probabilidades de devenir juego e inclusive ocio. Pero será razonable: también puede cobrar por ello; después arreglamos.

En resumen: si alguien tiene ganas de jugar a que escribe una diatriba contra el trabajo, que lo haga. Si se le ocurre ampliar, corregir o borrar todo lo que hasta aquí he escrito y empezar de nuevo, adelante. Puede plagiar o citarme, si así lo desea.

En tal caso, muchas gracias. Espero que lo disfruten. ■

DIEZ LIBROS SOBRE TRABAJO

Seleccionados por la Biblioteca Miguel Cervantes de la UNAHUR



1

Antunes, Ricardo.
Los sentidos del trabajo: ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo.
Buenos Aires:
Herramienta, 2005.

2

Battistini, Osvaldo.
Los trabajadores en la nueva época capitalista: entre el ser y el saber. Sociología.
Buenos Aires:
Teseo, 2009.

3

Beck, Ulrich.
La sociedad del riesgo global.
Madrid:
Siglo Veintiuno,
2009.

4

Berardi, Franco.
Futurabilidad: la era de la impotencia y el horizonte de las posibilidades.
Futuros próximos.
Buenos Aires:
Caja Negra, 2021.

5

Carrera, Nicolás Iñigo.
Sindicatos y desocupados en Argentina 1930/1935 - 1994/2004: cinco estudios de caso.
Buenos Aires:
Dialektik, 2011.



6

Míguez, Pablo.
Trabajo y valor en el capitalismo.
Buenos Aires: Ediciones UNGS, 2020.

7

Filmus, Daniel.
Demandas populares por educación: el caso del movimiento obrero argentino.
Buenos Aires: Aique, 1992.

8

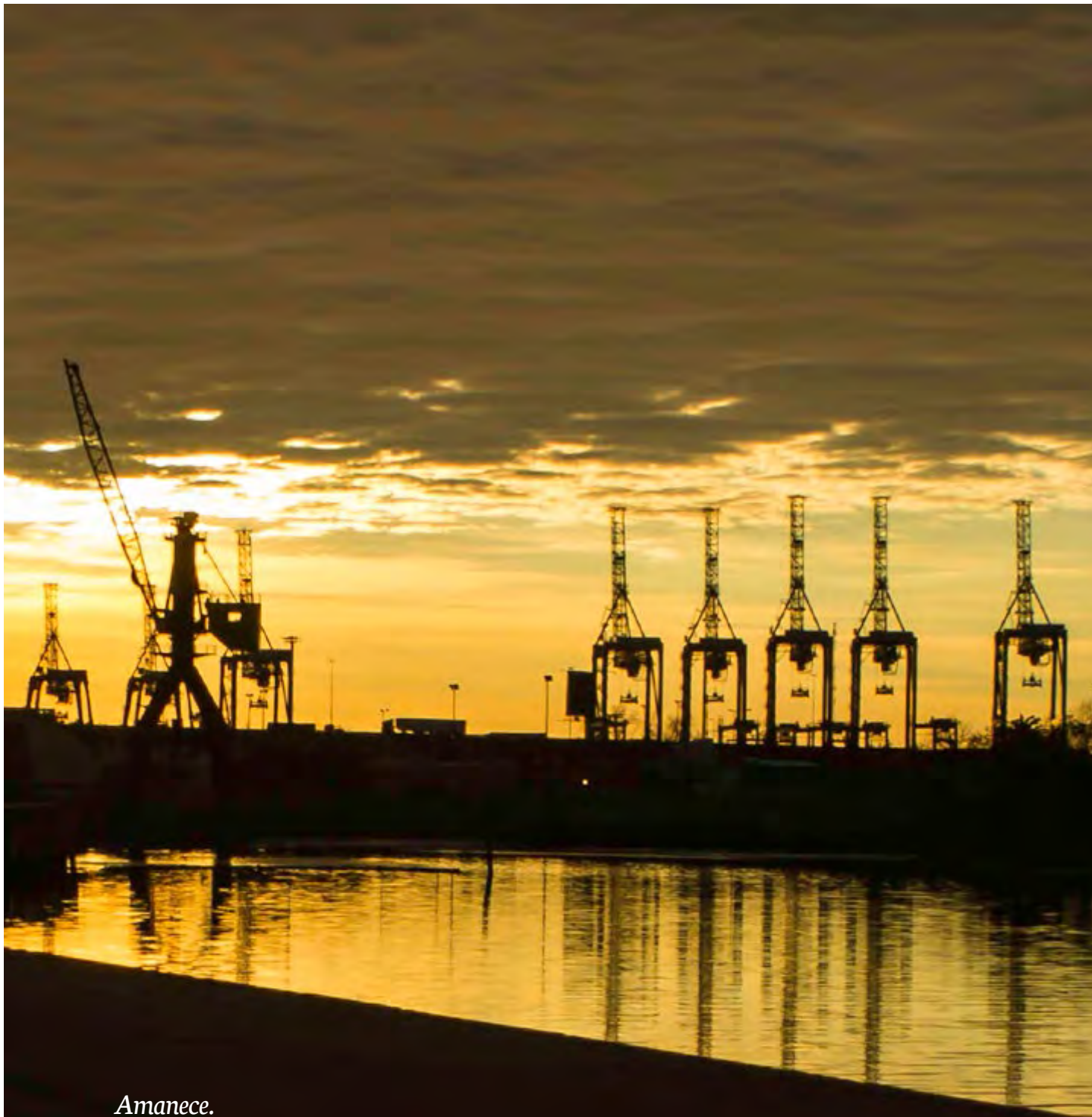
Milanesio, Natalia.
Cuando los trabajadores salieron de compras: nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo.
Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2014.

9

Sassen, Saskia.
Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global.
Buenos Aires: Katz Editores, 2015.

10

Sennet, Richard.
La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.
Barcelona: Anagrama, 2019.



*Amanece.
La avenida desierta, pronto se agitará
y los obreros
fumando impacientes, a su trabajo van.*

*Sur,
un trozo de este siglo.
Barrio industrial.*

*Javier Martínez (Manal),
"Avellaneda Blues".*

Fotografía: Roberto Núñez Ragazzo



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
HURLINGHAM

Educación
pública, gratuita
y de calidad

Sede Vergara: Av. Gdor. Vergara 2222 | CP: B1688GEZ
Sede Origone: Tte. Manuel Origone 151 | CP: B1688AXC
Villa Tesei | Hurlingham | Provincia de Buenos Aires

www.unahur.edu.ar
[f](#) UNAHUR
[@unahurlingham](#)